

La recuperación de Bahía por
Don Fadrique de Toledo (1625).
Un cuadro español de la época.

LA RECUPERACION DE BAHIA POR DON FADRIQUE
DE TOLEDO (1625).
UN CUADRO ESPAÑOL DE LA EPOCA.

*Para José Miguel Alzola,
con un abrazo.*

Enrique Marco



DISCURSOS

LA RECLERACION DE BAHIA POR DON FABRICE
DE TOLEDO 1611
UN CUADRO ESPAÑOL DE LA EPOCA

ENRIQUE MARCO DORTA

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

La recuperación de Bahía por Don Fadrique de Toledo (1625). Un cuadro español de la época.

Discurso de apertura del Curso Académico
de 1959-60 en la Universidad de Sevilla



SEVILLA

1959

Edición de trescientos ejemplares.

Un cuadro español de la época.
Don Fadrique de Toledo (1625).
La recuperación de Bahía por

PROPIEDAD DEL AUTOR

Discurso de apertura del Curso Académico
de 1959-60 en la Universidad de Sevilla



Excmo. Señor Rector Magnífico

Excmo. e Illmos. Señores

Señoras y Señores

En virtud del turno reglamentario entre las distintas facultades ha correspondido este año a la mía la lección inaugural del curso 1959-1960 que hoy comienza. Y dentro de mi Facultad, que es la más vieja de todas, el honor y el deber han recaído sobre mí cuando, a los veintiocho años de haber ingresado en ella como alumno y después de más de tres lustros de profesión en calidad de numerario, ya me voy haciendo viejo dentro de su claustro. Poco amigo de solemnidades por modo de ser, o por temperamento, ni el hecho de llevar la voz de la Universidad en este acto me envanece, ni deja tampoco de causarme preocupación al contrastar el honor que así se me dispensa con la ausencia total de méritos para merecerlo.

Pero si, por voluntad propia, hubiese preferido compartir un sitio junto a mis compañeros de claustro al honor de hablar en nombre de ellos, considero que la responsabilidad de esta primera lección del curso que se inicia, es parte del cumplimiento del diario deber. Y en consecuencia, por disciplina y por espíritu de servicio a la Universidad, aquí estoy dispuesto a cumplir con la obligación que el turno reglamentario me impone.

Cuando en mis ya lejanos tiempos de estudiante asistía a otros actos iguales a éste, nunca pensé en la posibilidad de que, algún día, hubiera de ser mi modesta persona la que ocupara esta cátedra para decir adiós a un año escolar y dar la bienvenida a otro. Los años pasaron inexorablemente, al principio con lentitud y luego con ritmo cada vez más acelerado, según la vida iba aumentando la carga de quehaceres y de preocupaciones. Al servicio de esta Universidad en que me formé, vi cómo pasaba la juventud y llegaba la edad de la madurez. De los maestros

a cuyas aulas asistí, sólo quedan hoy dos en el claustro de mi Facultad. Otros pasaron a distintas Universidades y otros se fueron de este mundo dejándonos el recuerdo de la constante lección de su vida y de su ejemplo. Con emoción sincera, deseando larga y feliz existencia a los que, cerca o lejos de nosotros, continúan en su labor universitaria, y eterno descanso a los que pasaron a una vida mejor, a todos hago presente en esta solemne oportunidad, el vivo testimonio de mi gratitud.

* * *

Al enfrentarme con este deber de pronunciar la lección inaugural del curso, se me planteó el problema de elegir un tema para la misma. Pronto, los posibles caminos a seguir quedaron reducidos a dos: abordar un tema de mi especialidad relacionado con las materias propias de mi cátedra, o aprovechar la ocasión para exponer, bien que desde un punto de vista estrictamente personal, aspectos y problemas de la vida universitaria o de la Universidad española en general. Este último siempre resulta sugestivo para el universitario. Todos tenemos nuestros puntos de vista sobre los problemas que la Universidad tiene planteados. Creo poder afirmar que todos deseamos una Universidad mejor, sin las deficiencias que actualmente presenta.

Personalmente, no siento el menor empacho en afirmar que la actual Universidad española no me gusta. Es indudable que es mejor que la que conocí por primera vez hace poco más de treinta años. Sería pueril negar lo que ha progresado en todos los aspectos. La Universidad de hoy, mejor dotada que la de entonces, ha ganado, sin duda, en altura y en eficiencia. En algunos aspectos, como el de la Protección Escolar, se ha logrado en los últimos años un avance tan gigantesco que no se podía soñar en mis primeros tiempos de estudiante. Los Colegios Mayores acabaron con el falso pintoresquismo de las casas de huéspedes, ofreciendo al escolar, junto a las comodidades materiales, un ambiente y unos programas de extensión cultural que contribuyen, en alto grado, a su formación profesional y humana. Las Facultades cuentan hoy con más abundancia de medios para desarrollar sus funciones docentes. Es posible también que, hablando en términos generales, el nivel medio del profesorado sea en la actualidad más alto que en la época a que antes me refería. Pero, a pesar de esos avances, creo que la Universidad española está necesitada de una reforma total. Me parece totalmente arcaica en su organización. Bien es verdad que, en tiempos recientes, se incorporaron a ella nuevos estudios como los de Ciencias Políticas y Económicas y los de Veterinaria, pero, en mi opinión, es preciso integrar también, como nuevas Facultades, otros estudios que se cursan fuera

del ámbito universitario como los de Ingeniería en sus distintas ramas, los de Arquitectura y todos aquellos cuya necesidad se vaya haciendo sentir como consecuencia de la evolución y del progreso del país. Refiriéndome concretamente a esta de Sevilla, me parece que si la Universidad ha de servir a la región donde está enclavada, el "Alma Mater" hispalense, tal como existe hoy, no acaba de prestar este servicio con la amplitud que fuera de desear. En tanto que el distrito universitario está formado por provincias de economía esencialmente agrícola, la Universidad sigue con sus Facultades tradicionales, sin poder ofrecer unos estudios agronómicos de nivel superior que parecen indicados en ella. Los hijos de los propietarios rurales estudian Derecho, se hacen químicos o, en menor número, acuden a la Facultad de Medicina. Me gustaría saber en cuantos casos la elección del camino a seguir responde a una auténtica vocación. Es muy posible que gran número de los estudiantes del distrito que rebasan las pruebas del Curso Preuniversitario, dejen de elegir otros caminos sencillamente porque la Universidad no se los puede ofrecer.

En fin, mucho se podría hablar sobre todos estos temas y no sería mi voz la más autorizada para hacerlo. Cuando hablo de lo que falta a la Universidad para ser perfecta, lo hago con el más elevado espíritu constructivo y con el ferviente deseo de que esas imperfecciones desaparezcan en plazo no lejano. Prefiero llamar la atención sobre estos temas en los que creo tenemos todas opiniones comunes, a lanzarme por el camino fácil del ditirambo y del elogio hacia esta Universidad nuestra, a la que todos profesamos un cariño entrañable, pero sin que ese amor nos ciegue hasta el punto de no ver sus fallas y sus defectos.

Dejando de lado estos problemas, que, como antes decía, siempre son en extremo sugestivos para el Universitario, me decidí por escoger un tema de mi especialidad para esta lección inaugural del curso académico. La casualidad de haber descubierto, en una colección particular de Sevilla, una magnífica obra pictórica del siglo XVII, que representa la recuperación de la ciudad de Bahía por las armas españolas al mando de don Fadrique de Toledo en 1625, me sugirió la idea de utilizar ese hallazgo como base de esta lección. El tema resultaba extraordinariamente grato para mí, ya que, en tiempo próximo, la pujante Universidad bahiana me tuvo ocupado en tareas de organización y docencia y la ciudad de Bahía, que fue mi hogar durante más de un año, vive presente en mi nostalgia y en mis recuerdos. Pasaré a hablarlos, pues, de un episodio de la historia española en América, acaecido cuando España y Portugal estaban unidos en la persona de un mismo monarca: *La recuperación de Bahía por Don Fadrique de Toledo*.

Pero antes de entrar en el tema, siguiendo la costumbre tradicional

voy a dar cuenta de las altas y bajas registradas en el cuadro de profesores de la Universidad durante el curso pasado.

* * *

La Facultad de Filosofía y Letras ha tenido la satisfacción de ver aumentado su claustro con la incorporación de cuatro nuevos catedráticos numerarios: Don Agustín García Calvo, que se encontraba en situación de excedencia, pasó a ocupar la cátedra de Lengua y Literatura Latinas, para la que fue nombrado por orden ministerial de 5 de noviembre de 1958; Don Francisco Morales Padrón, antiguo alumno de la Facultad, ganó por oposición la cátedra de Historia de los Descubrimientos Geográficos y Geografía de América, siendo nombrado por orden ministerial de 18 de diciembre de 1958; también previa oposición y por orden ministerial de 28 de febrero del corriente año, recibió su nombramiento Don José Alcina Franch para la cátedra de Historia de América Prehispánica y Arqueología Americana; y, por último, la orden ministerial de 24 de marzo nombró catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática a Don Antonio Blanco Freijeiro, también de nuevo ingreso mediante oposición. Mi Facultad se congratula por contar con estos nuevos compañeros, todos con bien ganado prestigio en sus respectivas especialidades, en la seguridad de que desarrollarán en ella una fecunda labor científica.

La Facultad de Ciencias celebra la incorporación a su claustro del nuevo numerario Don Francisco Pino Pérez, catedrático de Química Analítica 1.º y 2.º curso, trasladado desde la Universidad de La Laguna por orden ministerial de 5 de noviembre de 1958. Pero la satisfacción de recibir a un nuevo compañero se ve enturbiada al tener que lamentar la baja del Ilmo. señor Don Patricio Peñalver y Bachiller, Catedrático de Matemáticas, jubilado el día 11 de septiembre último por haber cumplido la edad reglamentaria. La marcha del tiempo, que a veces condena al bien ganado descanso cuando aún se tienen arrestos y facultades para seguir en la labor, nos priva del profesor Peñalver al cabo de cuarenta y siete años de ininterrumpido servicio a esta Universidad, tanto en su cátedra, en la que formó innumerables discípulos, como en los cargos de confianza que desempeñó. Fue decano de su Facultad durante muchos años, cargo al que renunció poco después de dejarla instalada en el nuevo edificio de la Fábrica de Tabacos. El Estado premió sus méritos y servicios con la Encomienda con placa de la Orden de Alfonso X, que le fue concedida en 1955; las Reales Academias de Ciencias de Madrid y Barcelona le cuentan desde hace años en la nómina de sus miembros correspondientes; y la Sevillana de Buenas Letras le nombró numerario.

Pero todas esas distinciones y honores nada significan ante otro premio más cordial y afectivo que él estimará —estoy seguro— más que ninguno: el de la satisfacción del deber cumplido y la seguridad de que, al dejar la vida activa, se lleva el agradecimiento y el respeto de sus muchos discípulos y el afecto de todos.

La Facultad de Medicina también tiene que lamentar la baja de dos catedráticos que, por concurso de traslado, pasaron a la Universidad de Valencia: Don Tomás Sala Sánchez, titular de Pediatría y Puericultura y Don Francisco Gomar Guarnés, de Patología y Clínica Quirúrgicas, nombrados para las mismas cátedras de la Universidad referida por órdenes ministeriales de 14 de diciembre de 1958. Al lamentar la ausencia de tan distinguidos compañeros, celebramos también la incorporación a la Facultad de Medicina de Don Sebastián García Díaz, que, en virtud de concurso de traslado y por orden ministerial de 16 de febrero del corriente año, fue nombrado catedrático de Patología y Clínica Quirúrgicas.

En la Facultad de Medicina de Cádiz, siempre escasa de profesorado numerario, el movimiento de altas y bajas ha sido más intenso, registrándose cuatro de aquéllas y dos de éstas, con lo que el curso se inicia con un saldo infelizmente desfavorable. Don Santiago Vidal Sevilla, catedrático de Fisiología General y Especial, cesó por traslado a la Universidad de Barcelona, en virtud de orden ministerial de 28 de noviembre de 1958; Don Rafael Pérez y Alvarez Osorio, catedrático de Química Orgánica y Bioquímica (Sección de Ciencias), cesó al ser declarado en situación de excedencia activa, por orden ministerial de 14 de octubre de 1958; a Don Francisco Díaz González, catedrático de Patología General, le fue concedida —por orden de 22 de junio último— una excedencia especial por haber sido nombrado Director de la Escuela Nacional de Medicina del Trabajo en Madrid; y Don Rafael Ibáñez González, titular de la cátedra de Higiene y Sanidad y Microbiología y Parasitología, cesó por traslado a la Universidad de Granada, en virtud de orden ministerial de 24 de junio. Las altas en la referida Facultad de Cádiz han sido las siguientes: Don Antonio Piñero Carrión, catedrático de Oftalmología, que en virtud de traslado y procedente de la Universidad de Salamanca, fue nombrado por orden ministerial de 2 de enero del año en curso; y Don Pedro Ferreras Valentín, que ganó por oposición la cátedra de Patología y Clínica Médicas, siendo nombrado por orden ministerial de 24 de marzo.

Durante el curso último, la Universidad tuvo que lamentar la pérdida del Excmo. señor Don Francisco Candil y Calvo, catedrático jubilado, fallecido el 28 de enero del corriente año. Había sido Rector de nuestra Universidad, en la que transcurrió casi totalmente su larga vida académica, como titular de la cátedra de Mercantil en la Facultad de

Derecho. Centenares de alumnos desperdigados por todo el distrito universitario y discípulos que hoy profesan la misma asignatura en otras universidades, habrán sentido el tránsito del maestro, cuya labor en la enseñanza y en la investigación, siempre será recordada. Quede constancia aquí de nuestro dolor por la pérdida del ilustre compañero.

En esta triste tarea de recordar a los que perdimos para siempre, no pueden faltar unas palabras para Don José Vallejo Sánchez, catedrático de Lengua y Literatura Latinas fallecido el día 17 de febrero del año en curso. Aunque alejado de nosotros desde que, hace veinte años, pasó por traslado a la de Madrid, Don José Vallejo, que era sevillano de nacimiento, vivía presente en la amistad y en el recuerdo de los numerosos alumnos que pasaron por su cátedra y de sus antiguos compañeros de claustro. Con su inesperada muerte, perdió la Universidad española un maestro ejemplar y la ciencia un investigador de reconocida autoridad en el campo de la Filología Latina. En nombre de todos los que gozamos del favor de su amistad y de su afecto y tuvimos constancia tanto de su valía científica como de sus virtudes humanas, dedico, en esta ocasión, al maestro y al amigo, un sentido y emocionado recuerdo

LA RECUPERACION DE BAHIA POR DON FADRIQUE DE TOLEDO
(1625). UN CUADRO ESPAÑOL DE LA EPOCA

LA RECUPERACION DE RAHIA BOBLOS FABRIL DE TORRE
EN CUADRO ESPIRAL DE LA FROGA

LA CIUDAD DE SALVADOR

Así como el extranjero cuando escucha la palabra España, la asocia inmediatamente a un concepto divulgado de pintoresquismo —toros, música, Andalucía, fiestas populares— quizá también a nosotros el vocablo Brasil nos evoque, en rápida asociación mental, sólo un aspecto de tan dilatado país. Cuando suena en nuestros oídos la palabra Brasil, el pensamiento la asocia a un país tropical con bellas playas, cocoteros, ritmos afroamericanos de bailes y canciones, mezcla de razas y mar azul. Eliminado de esta primera evocación el Brasil meridional de las pampas de Santa Catalina y Río Grande do Sul y el de los "Sertões" o tierras mesetarias situadas al poniente de las cadenas de montañas, la imagen geográfica queda reducida a lo que los descubridores de 1500 llamaron "Tierra de Vera Cruz". A la zona costera del nordeste desde Río de Janeiro hasta Pernambuco; al Brasil tradicional de los siglos XVI y XVII, antes de que la colonización portuguesa iniciara la magna epopeya de la marcha hacia el interior, que había de traer como consecuencia el descubrimiento de las minas de oro y diamantes, el desarrollo de la ganadería, la exploración de los grandes ríos y el conocimiento total, en suma, de un país casi tan grande como Europa.

Ese Brasil de la costa oriental, desde la bahía de Guanabara hasta el Cabo de San Roque, es, en efecto, el país pintoresco de los trópicos, bien diferente hoy, en ciertos detalles del paisaje, a como lo contemplara Pedro Alvarez Cabral. Los portugueses de 1500 no pudieron escuchar el murmullo del alisio pulsando, como cuerdas de un arpa gigantesca, los troncos de los cocoteros; ni saborearon las bananas, ni los gruesos frutos del árbol del pan, ni la caña de azúcar, ni vieron tantas otras especies vegetales que hoy hacen parte del paisaje tropical brasileño y producen esas frutas que constituyen uno de los encantos del trópico. Las palmeras de coco, sin las cuales no se concibe una playa

americana de tierra caliente, vinieron de las islas del Océano Indico; el árbol del pan llegó de las islas de la Polinesia; el banano y la caña de azúcar —planta ésta que habría de labrar la primera riqueza del Brasil— fueron llevados de la isla de la Madera. Pero, andando el tiempo, todas esas aportaciones de lejanas tierras tomaron carta de naturaleza en el país y contribuyeron a formar la actual fisonomía del Brasil tropical. Y en esta costa del Oriente, a unos catorce grados de latitud por debajo del Ecuador, se abre la amplia Bahía de Todos los Santos, la mayor del Brasil, descubierta por Américo Vespucio el día 1.º de noviembre de 1501.

La bahía, tan extensa como nuestras islas de Menorca e Ibiza juntas, es un pequeño mar interior con las costas muy articuladas y sembrada de islas. Recibe ríos caudalosos, como el Paraguaçu y el Jaguaripe, accesibles a la navegación en sus cursos bajos, cuyas desembocaduras en antiguos valles invadidos por el mar, forman a modo de rías con escotaduras que penetran profundamente hacia el interior, facilitando el acceso a las fértiles tierras de la costa. Apuntando hacia el sudeste, el cabo de San Antonio marca la entrada a la bahía. Es la antigua Punta del Padrón de los portugueses, así llamada en recuerdo del testimonio que allí dejaron como prueba de la toma de posesión de la tierra. Enfrente se extiende la alargada isla de Itaparica, cubierta de bosques, cuyo nombre indígena —“cercado de piedras”— alude a los peligrosos arrecifes que la rodean. Las márgenes de la gran fosa tectónica de la bahía, cubiertas de tierras feracísimas, forman la comarca natural que los brasileños llaman el “Recôncavo”, donde los cultivos de caña de azúcar dieron vida a numerosos ingenios que labraron su prosperidad. Ese era el lugar que, por sus condiciones naturales, estaba predestinado para ser el asiento de una gran ciudad, metrópoli lusitana en el Nuevo Mundo y capital de los dilatados dominios portugueses del Brasil.

Iniciada, como es sabido, la colonización del Brasil por el sistema semi-feudal de las capitanías hereditarias, la actual Bahía vino a ser el centro de una que se adjudicó a Diego Pereira Coutinho, viejo soldado de las guerras de la India que construyó una torre fortificada y estableció un pequeño núcleo de población junto a la Punta del Padrón, en lo que después se llamó “Vilha Velha”. Acosado por los ataques de los indios, Pereira Coutinho tuvo que abandonar el establecimiento, retirándose a la cercana capitanía de los Ilheos, y al intentar volver tuvo un fin desgraciado, muriendo a manos de los indios antropófagos en la isla de Itaparica, a la entrada de la Bahía.

Fracasado así este intento de colonización, el rey Juan III decidió establecer en el Brasil un gobierno general escogiendo para su sede la Bahía de Todos los Santos y nombró gobernador a Thomé de Souza.

La empresa colonizadora, confiada hasta entonces a la iniciativa particular de los donatarios, pasaba así a ser dirigida directamente por la Corona.

El 17 de diciembre de 1548, Juan III dictaba en su palacio de Almeirim el "regimiento" dirigido a Thomé de Souza, es decir la instrucción a que había de ajustarse el gobernador. En ella le encargaba ante todo, la fundación de "una ciudad grande y fuerte en el lugar conveniente", y "en sitio sano y de buenos aires y que tenga abundancia de aguas y puerto en que bien puedan amarrar los navíos".¹

En marzo de 1549 arribó a Bahía la armada de Thomé de Souza, posesionándose éste de la antigua Vilha Velha, donde se estableció provisionalmente hasta buscar un sitio apropiado para la fundación de la ciudad. Para elegirlo se atendió a las buenas condiciones de salubridad y a las posibilidades de defensa, encarecidas en el "regimiento", y así se escogió la cima de una colina elevada unos ochenta metros sobre el nivel de la playa, con buen surgidero para los navíos, agua en abundancia y un riacho por la parte de poniente que servía de foso natural mejorando las condiciones defensivas. Así surgió la ciudad de Salvador, tan parecida a las urbes medievales portuguesas, en lo alto de un morro de brusca pendiente sobre la playa dominando el fondeadero.

Muy pronto quedó cercada por murallas y baluartes de tapiería. Corrieron estos trabajos a cargo del maestro de obras de la ciudad Luis Días, primer arquitecto del Brasil portugués, que, con nombramiento real para el cargo, había llegado en la armada.² Bajo su dirección se construyeron la Casa de Ayuntamiento y la de Audiencia, y, junto a la playa, la casa de Hacienda, Aduana y almacén para las mercancías.³ Quedaron así perfiladas las características de Bahía, ciudad edificada en dos niveles con el barrio comercial y marinero en la parte baja, en la estrecha faja comprendida entre el morro y la orilla del mar, y el recinto amurallado en lo alto de la colina, respondiendo así a la principal preocupación que era la defensa contra el gentío de la tierra. Mientras los españoles en América fundaban ciudades con planta de cuadrícula, trazando las calles en ángulos rectos a partir de la Plaza Mayor y dejando previstos futuros ensanches, la ciudad de Salvador surgía de acuerdo con el viejo criterio urbanístico de Portugal. La ciudad baja fue creciendo a lo largo de la

1 Publicó íntegramente este documento: Accioli de Cerqueira e Silva, Ignacio, *Memorias históricas e políticas da Bahia*, anotadas por Braz de Amaral (citado en adelante: Accioli-Amaral), vol. I; Bahía, 1919; pág. 262 y sigs.

2 Fue nombrado por provisión de 14 de enero de 1549. Con Luis Días pasó a Bahía su sobrino el cantero Diego Pires, nombrado por provisión de la misma fecha con derecho a suceder a aquél en el cargo en caso de fallecimiento. Accioli-Amaral: Ob. cit., vol. I, página 298 y sigs.

3 En carta de 15 de agosto de 1551, Luis Dias daba cuenta al rey de las obras construídas en Bahía. Accioli-Amaral: Ob. cit., vol. I, pág. 300.

ribera hasta invadir, con el tiempo, la península de Itapagipe. La ciudad alta se fue dilatando en forma anárquica, invadiendo los morros vecinos al recinto primitivo, ligándose unos a otros por calles de perfil accidentado que descienden bruscamente a los valles y suben otra vez formando empinadas "ladeiras". El caserío tuvo que apiñarse en las crestas de las colinas y el paisaje urbano resultó en extremo variado y pintoresco. Desde cualquier punto de la ciudad, se ofrece al espectador un panorama de ensueño: el azul del mar de la bahía con la isla de Itaparica como telón de fondo, o las depresiones cubiertas de la siempre verde y exuberante vegetación tropical. El bosque y el mar forman parte de la fisonomía urbana de la ciudad de Salvador.

Los estudios del historiador bahiano Teodoro Sampaio⁴ nos permiten conocer la amplitud y el perímetro del primitivo recinto amurallado. Desde las antiguas "Portas de São Bento" hasta la actual "Ladeira da Misericórdia", la ciudad de Salvador, en los días de Thomé de Souza, cabía ampliamente dentro de los muros de la Alhambra de Granada. Muy pronto, salvando una quebrada, se extendió hacia el norte, incorporándose al recinto otra colina donde más tarde se construyó la catedral y fundaron su Colegio los Jesuítas. Pocas décadas después de la fundación, la ciudad se extendía, de norte a sur, desde las "Portas de São Bento" a las "Portas do Carmo", quedando fuera de las murallas los conventos de estas advocaciones, en torno a los cuales habían surgido otros tantos barrios de extramuros.

En 1560, como es sabido, se realizó la unión ibérica. España y Portugal quedaban unidos en la persona de un solo monarca —Felipe II— y las posesiones ultramarinas portuguesas dilataron el imperio español. Poco después de esa fecha, pasa al Brasil un hidalgo portugués a quien debemos la primera historia del país escrita en lengua española. Gabriel Soares de Souza, que así se llamaba nuestro historiador, llegó a Bahía en 1569. Tuvo un ingenio de azúcar en el Recóncavo y casas y solares en la ciudad de la que fue corregidor. En solicitud de títulos y licencias para organizar una expedición al interior en busca de minas, vino a España hacia 1586 y, según él mismo nos cuenta, entretuvo sus ocios de pretendiente en Madrid pasando a limpio los apuntes que había tomado durante sus años de "Señor de ingenio" en el Recóncavo bahiano.⁵

4 Sampaio, Theodoro: *Historia da fundação da Cidade do Salvador*. Bahía, 1949; pág. 183 y siguientes.

5 Gabriel Soares de Souza: *Derrotero general de la costa del Brasil y Memorial de las grandezas de Bahía*, con Introducción de Claudio Ganns y notas finales de F. A. Warnhagen; Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1958. Es la edición de un manuscrito de la Biblioteca de Palacio de Madrid, con las notas de Warnhagen a su edición crítica de un mss. portugués, publicada en la "Revista do Instituto geográfico e Histórico Brasileiro", tomo XIV, Río de Janeiro, 1851. Descripción de la ciudad, en pág. 109 y sigs.

Gabriel Soares, curioso observador, nos dejó una detallada descripción de la ciudad de Bahía en la época de Felipe II. Nos describe las calles y las plazas; el Hospital “cuya iglesia no es grande, pero sí muy hermosa y adornada”; la catedral de entonces, aún sin acabar, que era “una iglesia de tres naves de honesta grandeza y bien sombreadas con cinco capillas bien hechas y adornadas”; el Colegio de la Compañía de Jesús, obra “de cal y canto, con todas las escaleras, puertas y ventanas de pedrería, con varandas y sobrecodos muy bien forrados” y “una hermosa y alegre yglesia, donde se celebra el culto divino con muy ricos ornamentos”; el arrabal surgido en torno al monasterio del Carmen, con sus huertas pobladas de hermosas arboledas; y el de São Bento, al sur de la ciudad, con el convento de los benedictinos, de “muy santa, honesta y exemplar vida”, a los que instituyó herederos de todos sus bienes por testamento otorgado en 1584.⁶

Por esa época (1586), según nos dice Gabriel Soares, treinta y seis ingenios molían caña en el Recóncavo de Bahía, exportándose anualmente más de ciento veinte mil arrobas de azúcar.⁷ Más de mil doscientas embarcaciones de vela y remo traficaban entre la ciudad y los pueblos e ingenios de la Bahía de Todos los Santos. La ciudad de Salvador, enriquecida por el comercio con Portugal, vivía en la abundancia y en la opulencia. No es extraño, pues, que Gabriel Soares dedique un capítulo de su obra a informarnos “De cómo se tratan los moradores. . . y algunas de sus cualidades”. Sobre una población de más de ochocientos vecinos, no era reducido el número de los que contaban con cuantiosas rentas, “los quales —nos dice Soares —se tratan con mucho fausto de caballos y criados y esclavos con vestidos demasiadamente costosos, especialmente las mujeres, que con ocasión de no ser la tierra fría, sólo visten seda, y hasta la gente de baja esfera hace en ello mucho gasto, porque el más ínfimo patán anda con calzones y chupa de satín y damasco y trahen sus mugeres con basquiñas y jubones de lo mismo, y en habiendo qualquier hazendueta o caudal tienen sus casas muy bien aderezadas y en su mesa servicio de plata y sus mugeres bien ataviadas de joyas de oro”.⁸

Por aquel tiempo, las viejas murallas de tapias construídas por Luis Días habían desaparecido. El fuerte de San Antonio, en la punta del Padrón, defendía la entrada de la Barra, aunque la gran anchura de ésta le restaba eficacia. Poco más de cincuenta piezas de artillería, repartidas en “estancias” o baluartes improvisados, guardaban el recinto de la ciudad y el fondeadero. Gabriel Soares encarece la necesidad de que el

6 El testamento se publicó en el *Livro Velho do Tombo do mosterio de São Bento; Bahía, 1945.*

7 Soares: Ob. cit., pág. 134.

8 Ob. cit., pág. 113.

rey la haga "cercar de muros y fortificar como conviene a su servicio y seguridad de sus moradores, por el riesgo en que está de ser saqueada de quatro corsarios que intenten invadirla, por tener toda la gente esparcida por fuera de la ciudad sin defensa alguna, hasta que la gente de las haciendas viniese a socorrerla".⁹

Así, en tan pésimo estado de defensa, permaneció la ciudad durante varias décadas. En 1605 fue presentado al rey un plano y proyecto de fortificación, y unos años después, siendo gobernador don Diego de Menezes (1608-1613), se comenzó a cercar la ciudad, de acuerdo con una traza hecha por el famoso Leonardo Turriano, con la aprobación del ingeniero mayor de España Tiburcio Spanochi.¹⁰ Gaspar de Souza, sucesor de Menezes, continuó las obras y en su tiempo (1614-1616) se hizo de piedra y cal el muro y la Puerta del Carmen,¹¹ entrada al recinto por la parte del norte. El ya citado fuerte de San Antonio de la Barra, el de Agua de Meninos, el de Montserrate en la península de Itapagipe¹² y otros de menor importancia, velaban por la defensa del surgidero de los navíos y de los accesos a la ciudad alta. Ya en tiempos de Felipe II se había dispuesto la construcción de un fuerte sobre un arrecife situado a poca distancia de la playa, de acuerdo también con los planos de Turriano aprobados por Spanochi, pero la ejecución del proyecto quedó diferida. En 1622, mandó el rey que se hiciese el fuerte con arreglo a la traza e informe presentados por el ingeniero Francisco Frías da Mezquita¹³ "arquitecto mayor de S. M. en estas partes del Brasil". Bajo su dirección se comenzaron las obras en 1623, durante el gobierno de don Diego de Mendonça Furtado.¹⁴

Así estaba la ciudad de Salvador, mal guarnecida y con medianas defensas, cuando en 1624 cruzó la barra de la bahía la escuadra holandesa mandada por el almirante Jakob Wilckens. En Europa, extinguida la tregua de los Doce Años, había vuelto a estallar la guerra entre España y las Provincias Unidas de Holanda. La presencia de bajeles holandeses en aguas brasileñas, no era un hecho sin precedentes. Aún duran-

9 Ob. cit., pág. 114.

10 *Livro que da razão do estado do Brasil* (1612), atribuido al gobernador Diego de Menezes o a su secretario Diego de Campos (apud Accioli-Amara: Ob. cit., I, pág. 432) en el que se incluye una planta "copia do original que a Sua Magestade se apresentaron no anno de 1605 para se dar execucao a fortificação daquella cidade". El *Livro*, mss., se conserva en el Instituto Geográfico e Histórico Brasileiro de Río de Janeiro. La traza fue publicada en el *Livro Velho de Tombo de São Bento*; Bahía, 1945.

11 Campos, J. da Silva: *Fortificações da Bahia*, Río de Janeiro, Publicações do SPHAN, 1940; pág. 15.

12 Sobre la historia de estos fuertes, Cf. Campos: Ob. citada.

13 Fonseca, Luiza da: *Subsidios para a Historia da Bahia*, en "Anais do Primeiro Congresso de Historia da Bahia", vol. II (Bahía, 1950), pág. 415.

14 Campos: Ob. cit., pág. 55 y sigs. Silva Nigra, Dom Clemente M. de: *Francisco Frías do Mesquita, Engeheiro-mór do Brasil*, en "Revista do Serviço do Património Histórico e Artístico Nacional", núm. 9 (Río, 1940), págs. 12-13.

te los años de la tregua, los buques de las Provincias Unidas rondaban los puertos del Brasil y alguna vez hicieron ricas presas entre los navíos portugueses que volvían al Reino cargados con productos de la tierra. Pero esta vez, el propósito de los invasores iba más allá de la procura de un cuantioso botín. Los veintisiete navíos que la Compañía de las Indias había confiado al almirante Wilckens y la numerosa fuerza de desembarco mandada por el general Van Dort, venían con propósito de conquista. El plan era radicarse en la tierra y fundar una colonia permanente; y no era escaso el apoyo que los holandeses esperaban encontrar en una numerosa población hebrea que vivía en Salvador un tanto cohibida por miedo al Santo Oficio.

El espionaje español tuvo noticia del apresto de la armada y antes de que ésta zarpase del puerto de Texel, la corte de Madrid mandó aviso al gobernador de Bahía. Hizo éste las prevenciones de rigor y se preparó para la defensa, pero su valeroso comportamiento no sirvió de ejemplo. Tanto los cronistas portugueses como los españoles están de acuerdo en que la resistencia fue mínima. Los defensores abandonaron la ciudad ante el ataque de los holandeses y el gobernador Mendonça Furtado, desamparado por todos, fue hecho prisionero en las Casas Reales.¹⁵

LA "JORNADA DEL BRASIL"

En el mes de julio del mismo año llegó a Madrid la triste noticia de la conquista de Bahía por los holandeses. La reacción de la Corte no se hizo esperar. Sin pérdida de tiempo, el joven rey Felipe IV dispuso que se reuniese una poderosa armada en Cádiz y en Lisboa y encargó al Conde-Duque de Olivares las medidas necesarias para su pronta organización. Una "carta regia", dirigida a las autoridades de Portugal, solicitó ayuda para una empresa que tanto afectaba al país vecino por ser el Brasil conquista suya. Nobles e hidalgos acudieron a levantar ban-

15 La invasión holandesa tuvo su cronista: el soldado alemán Johann Gregor Aldenburgk, cuya relación se publicó en Coburgo (1627) bajo el título de *West-Indianische Reise und Beschreibung der Belag und Eroberung der Stadt San Salvador in der Bahie von Todos os Santos*. Una traducción al latín fue publicada por De Bry (Francfort, 1628), ilustrada con un grabado (panorámica de la ciudad vista desde la bahía) de Matthäus Merian. Un resumen de la primera edición alemana fue incluido por Johann Ludwig Gottfried, en su *Historia Antipodum ou New Welt* (1631), ilustrándolo también con la estampa de M. Merian. Cf. Silva Nigra, Dom Clemente: *O primeiro livro impresso em alemão e latim sobre a Cidade do Salvador*, en "Revista do Instituto Geográfico e Histórico da Bahia", núm. 76 (1950-51), pág. 10 y sigs. Al mismo investigador debemos una traducción al portugués del texto, de la edición de 1631, con notas, publicada bajo el título de *A invasão holandesa na Bahia*, en "Annais do Arquivo Público da Bahia", vol. XXVII (1938), págs. 99-151.

Supongo que la obra de De Bry a que se refiere Silva Nigra será la *Collectione peregrinationum in Indiam Orientalem et Indiam Occidentalem*, que no he podido consultar.

Sobre Matthäus Meriam, cf. su artículo en Tieme-Becker: *Allgemeines Lexikon der Bildenden Künstler*, vol. XXIV.

deras en Lisboa, en tanto que en Cádiz se reunían “muchos capitanes y soldados viejos de Flandes, Italia y otras partes y muchos caballeros, todos muy lucidos.”¹⁶

Aunque requería tiempo la reunión y el apresto de todas las naves necesarias, antes de pasar seis meses estaban las armadas dispuestas para levar anclas. En el estuario del Tajo se concentró la de Portugal, formada por veintidós navíos, al mando del general don Manuel de Menezes; y en la bahía gaditana se reunieron las fuerzas navales españolas más numerosas: la “Armada del Mar Océano”, con once navíos, de la que era general don Fadrique de Toledo; la del Estrecho de Gibraltar, con cinco bajeles, mandada por don Juan Fajardo Guevara; la de Vizcaya, compuesta de cuatro galeones al mando de Martín de Vallecilla; la de las Cuatro Villas del Cantábrico, con cinco bajeles, comandada por don Francisco de Acevedo; y la de Nápoles, formada por dos galeones y dos pataches. La armada hispano-portuguesa reunía cincuenta y dos navíos de guerra, once buques auxiliares de menor porte, más de doce mil hombres entre gente de mar y de guerra y más de un millar de piezas de artillería. El mando de la armada se confió a un ilustre militar y marino de bien ganado prestigio: Don Fadrique de Toledo Osorio, marqués de Villanueva de Valdueza. Nada se descuidó en cuanto al equipo, pertrechos y matalotaje de los bajeles y de sus tripulantes: víveres para muchos meses, herramientas para zapadores, artillería de sitio y máquinas de guerra, tres juegos de velas para cada navío, material sanitario, etc. No me resisto a consignar unas cifras que darán idea del aprovisionamiento de los buques. Sólo en los treinta bajeles de la armada española reunida en Cádiz, se cargaron, entre otras, las siguientes provisiones: diez y seis mil arrobas de aceite de Sevilla, cerca de cuarenta mil quintales de bizcocho y ciento veintitrés mil arrobas de vinos de Jerez y de Málaga.

La armada de Portugal zarpó de Lisboa el día 1 de diciembre de 1624. La española, lista para zarpar desde el 4 del mismo mes, tuvo que permanecer en Cádiz detenida por vientos contrarios y malos tiempos, hasta el 14 de enero del año siguiente. Lope de Vega —en cuya azarosa vida no faltaba una experiencia marinera, pues había tomado parte en la expedición de la “Invencible”— imaginó así la partida de los bajeles:

“De la bahía de Cádiz
salieron rompiendo el agua
treinta naves de alto bordo
y la fuerte capitana.

¹⁶ Valencia y Guzmán: Ob. cit. más abajo, pág. 81, a quien sigo en todo lo referente a la organización y apresto de la Armada.

.....
Parte, ~~por~~ fin, la armada ilustre
por las saladas montañas,
abre camino en las ondas
que cierran espumas blancas,
gime el mar al grave peso
que le oprime las espaldas,
y con alegre zaloma,
lienzo tiende, escotas larga;
Ella selva, ellos jardín
pisando campos de plata,
ciudad portátil del viento
fábrica de lienzo y tablas.
Dieron vista a Tenerife
y a Cabo Verde, y la armada
de Portugal descubrieron
que la de Castilla aguarda".¹⁷

Hal

Las dos armadas se reunieron en la isla de Santiago de Cabo Verde, de donde zarparon el 11 de febrero de 1625, bajo el mando de don Fadrique de Toledo, rumbo a la Bahía de Todos los Santos.

Se inició así la "Jornada del Brasil", en la que españoles y portugueses, ligados por la hermandad de una empresa común, ratificaban la unión de los dos reinos ibéricos en una sola monarquía. Nunca hasta entonces había surcado el Atlántico una armada tan poderosa. El 29 de marzo fondearon los bajeles frente a la ciudad de Salvador y el día 31, lunes de Resurrección, se inició el desembarco por la playa de San Antonio de la Barra, a una legua de la ciudad, en el mismo lugar donde habían desembarcado los holandeses poco menos de un año antes. Un mes más tarde, el 30 de abril, la ciudad de Salvador capituló.

La recuperación de Bahía tuvo amplias repercusiones en la literatura de la época. Por el mes de julio del mismo año de 1625 se recibieron en Madrid las primeras noticias¹⁸ que pronto se divulgaron por toda España mediante gacetas y relaciones impresas en la corte, en Cádiz y en Sevilla.¹⁹ Lope de Vega aprovechó una de ellas²⁰ para llevar al teatro

¹⁷ *El Brasil restituído*, Segunda jornada.

¹⁸ El 14 de mayo despachó don Fadrique un patache con sus sobrinos don Pedro de Pórras y Toledo y don Enrique de Aragón Pimentel, portadores de cartas para el rey dando cuenta del feliz éxito de la jornada. Valencia: Ob. cit., más abajo, pág. 170.

¹⁹ Cf. las que citan Fernández Duro, Cesáreo: *Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, tomo IV (Madrid, 1898), págs. 50, 467-468; y Menéndez y Pelayo, M.: *Obras de Lope de Vega*, tomo XIII (Madrid, 1902), pág. XXVII y sigs.

²⁰ Pienso que pudo ser el Resumen hecho por Diego Ruiz y traslado de una carta enviada por él a S. M. ... (Madrid, Imprenta Real, 1625). El censor de la comedia, Pedro de Vargas

los episodios heroicos de la "Jornada del Brasil", antes de que el entusiasmo perdiera actualidad. El 23 de octubre, un día antes de que el victorioso don Fadrique, de vuelta con su armada, pisara de nuevo tierra española en el muelle de Málaga, firmaba en Madrid el "Fénix de los Ingenios" su comedia *El Brasil restituído*²¹ en la que con gran exactitud histórica, movidos diálogos y fáciles versos, dejó una versión épica, henchida de emoción patriótica, de la brillante "Jornada" que españoles y portugueses acababan de vivir al otro lado del Atlántico.

En el mismo año, el jesuita Bartolomé Guerreiro daba a la estampa, en Lisboa, su *Jornada dos vasallos da Corôa de Portugal para se recuperar a Cidade do Salvador*,²² en la que, basándose en la documentación portuguesa, hace historia del hecho de armas recalcando la participación del reino vecino en la empresa.²³ Tres años después se publicaba en Madrid la *Restauración de la ciudad de Salvador y Baía de Todos los Santos en la provincia del Brasil*,²⁴ relación extensa y detallada que escribió, por orden de Felipe IV, don Tomás Tamayo de Vargas, a la vista de cuantos informes recibió la corte y de todos los documentos referentes a la "Jornada". Pero ningún relato aventaja al que escribió, bajo el título de *Compendio historial de la Jornada del Brasil*,²⁵ el salmantino Don Juan de Valencia y Guzmán. De él sólo sabemos, aparte el lugar de su naturaleza, que asistió a la "Jornada" como soldado. La relación de Valencia tiene el valor y el encanto de lo vivido, la emoción del testigo presencial de los sucesos que —tal vez llevado por el afán de la aventura, como tantos otros—, arriesgó su vida en la empresa y vivió las penas y las glorias del viaje y de la guerra. "Hallándome yo en esta jornada —declara el autor— procuré de reducir a relación algunas cosas de las que iban sucediendo en ella, y ofreciéndose tantas vine, como dicen, a hacer tratado particular dellas, más para mi satisfacción que para pensar la pudiese dar a nadie con ello".²⁶ Más tarde, de regreso en España, re-

Machuca, dice que el asunto está "muy ajustado y conforme" a la relación de un testigo presencial del cual se habla en la obra; y en la escena del desembarco (acto II), Lope nombra, por boca de Don Fadrique, a Diego Ruiz de la Correa, teniente del Marqués de Coprani, maestre de campo general del ejército. En la lista de "tercios y capitanes" que da Valencia (ob. cit. más abajo, pág. 110) figura, con dicho cargo, el capitán y sargento mayor Diego Ruiz. Sólo conozco ese *Resumen* a través de una traducción al portugués publicada por Pedro Núñez Arca: *Os tres Felipes da Espanha que foram reis do Brasil* (São Paulo, 1957), págs. 133-136.

21 Publicada por Menéndez y Pelayo: Ob. cit., págs. 75-106.

22 Impresa por Matheus Pinheiro en Lisboa, 1625. Utilizo la edición de Luiz Menezes Monteiro da Costa en la "Revista do Instituto Geográfico e Histórico da Bahía", núm. 78 (1953-1954), págs. 1-171.

23 Guerreiro declara en el prólogo que no extendió su relación a la participación de la corona de Castilla, porque le faltaron "as particulares noticias e relações, sem que não pode auer historia verdadeira".

24 Madrid, Vda. de Alonso Martín, 1628.

25 Publicado en *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo 55 (Madrid, 1870), págs. 43-200.

26 *Ibidem*. Dedicatoria del autor.

fundió sus borradores y redactó el *Compendio*, dedicándolo al capitán Don Fernando de Porres y Toledo, sobrino de Don Fadrique, que también tomó parte en la campaña. La dedicatoria está fechada en Salamanca el 28 de octubre de 1626.

Otros historiadores de tiempos de Felipe IV relataron el brillante hecho de armas²⁷ y de nuevo fue llevado el tema al teatro por Juan Antonio Correa en su comedia *Pérdida y restauración de la Bahía de Todos los Santos*.²⁸

Si tantos cronistas relataron los incidentes de la reconquista de Bahía, los relatos tuvieron también, en algún caso, sus ilustradores. No faltan grabados de la época representativos del hecho de armas. Quizá sea el primero de todos, desde el punto de vista cronológico, el que firma en Madrid, en 1625, Alardo de Popma, grabador residente en la corte que es conocido como ilustrador de varias obras importantes impresas por esos años.²⁹ El grabado de Alardo,³⁰ ilustra una relación de apenas una docena de líneas, que contiene la noticia escueta de la victoria, una breve reseña del botín y una lista de oficiales muertos en la empresa (fig. 1). "De todo ello —dice— tendrá su Magestad particular relación en acabando de ajustarse"; y como añade que "vinieron con el auiso Don Pedro de Porres y Toledo y don Enrique de Alagón Pimentel, sobrinos del General", da la impresión de una obra de circunstancias, especie de hoja informativa hecha con el fin de divulgar rápidamente la noticia. Sin duda, algún testigo de la jornada, de los que salieron de Bahía el 14 de mayo con los citados capitanes, portadores de las primeras noticias, debió proporcionar a Alardo de Popma los datos que le permitieron abrir la lámina y redactar el breve texto que ilustra. El grabado representa una vista panorámica de la ciudad, sus alrededores y la bahía con la armada libertadora. La explicación del grabado contiene bastantes errores y la escena representada no guarda la unidad en el tiempo, pues mientras unos navíos están llegando a la ensenada de Itapagipe, y otros aún no han pasado la Barra, las fuerzas españolas han desembarcado ya y aparecen establecidas en los campamentos de San Benito, Palmas y el Carmen. En la panorámica se acusan claramente la disposición de la urbe en dos niveles, con la ciudad baja y la alta; se ve el foso de agua, es decir el "Dique" que formaron los holandeses interrumpiendo

27 Céspedes y Meneses, Gonzalo: *Historia de Felipe IV rey de las Españas*; Barcelona, 1634, fol. 204 y sigs.

28 Incluida en *Comedias escogidas de los mejores ingenios de España, Parte 33*, impresa en Madrid.

29 Cf. Cean Bermúdez, Juan A.: *Diccionario de Bellas Artes*, tomo IV, pág. 107. Viñaza, Conde de la: *Adiciones a Ceán Bermúdez*, tomo II, pág. 9. Pérez Pastor, Cristóbal: *Noticias y documentos relativos a la Historia y la Literatura españolas* (Madrid, 1914), págs. 162-166.

30 Biblioteca Nacional, Madrid, Sección de Estampas, n.º 14804.

el curso del riacho de las Tripas y se indica la situación de los fuertes, aunque trocando o equivocando los nombres de algunos. La situación de algunos edificios no responde a la realidad; así, por ejemplo, la torre de García D'Avila, que se encuentra a muchos kilómetros de distancia del lugar donde la colocó el artista. Las confusiones de nombres en otros edificios saltan también a la vista: la ermita que llama "Santa María de la Ayuda", en una eminencia dando frente al mar, no puede ser otra que la de la Victoria y la de "Santa María de Mirabella" sólo se podría identificar con la primitiva de Gracia, situada en las tierras que el donatario Pereira Coutinho había concedido, en 1563, al famoso Diego Alvarez "Caramurú".³¹ Los navíos holandeses aparecen fondeados en la "ribeira das naus". No se me alcanza la posible identificación de la "Isla y Casa de la Melaza", que quizá aluda a algún ingenio de los muchos que había en el Recóncavo. Es curioso —y prueba, quizá, de lo que impresionaría al artista la descripción de un escenario exótico— que se indique en el mapa el "sitio donde los vizcaínos hazen el aceyte de Vallenas". Esta hoja, especie de gaceta con noticias de última hora, se vendía "en la calle de Toledo, en casa de Alardo de Popma, en frente del estudio de la Compañía de Jesús". Imaginemos cómo correría de mano en mano entre los grupos de pretendientes y litigantes que pululaban por la Plaza Mayor y en las gradas de la iglesia de San Felipe.

Otro grabado contemporáneo es el que ilustra la ya citada obra del P. Bartholomé Guerreiro, firmado por "Benedictus Mealius lusitanus"³² que representa la panorámica de la ciudad y sus alrededores con los campamentos de las fuerzas sitiadoras y la armada dispuesta en forma de media luna frente al puerto. Es de suponer que el grabador se sirviera de dibujos hechos en Bahía por algunos de los participantes en la empresa.

A todos estos testimonios de la "Jornada del Brasil" hay que añadir uno de excepcional importancia, que une a la exactitud histórica y a la precisión topográfica, su excelente calidad como obra pictórica de la escuela madrileña del siglo de Oro. Me refiero al lienzo titulado "Sitio y empresa de la ciudad de Salvador..." que perteneció a la Casa Ducal de Osuna³³ y, que hoy forma parte de la selecta colección de

31 Naufrago portugués que desde 1510 ó 1511 vivió en Bahía entre los indígenas, donde dejó descendencia de su matrimonio con la india Catalina Paraguassú. Cf. Silva Nigra, Dom Clemente: *Francisco Pereira Coutinho e o seu documento*, en "Revista do Instituto Histórico da Bahia", vol. 63, (1937), pág. 234 y sigs. Silva, Alberto: *A sesmaria e a residencia de Diego Alvares Caramurú na Bahia*, en *Annais do primeiro Congresso de Historia da Bahia*, vol. I, (Bahía, 1949), pág. 157 y sigs.

32 Es el portugués Bento Mealhas. Cf. Soares, Ernesto: *Historia da Gravura Artística em Portugal*. (Lisboa, 1940), pág. 371.

33 [Sentenach, Narciso]: *Catálogo de los cuadros, esculturas, grabados y otros objetos artísticos de la Colección de la antigua Casa Ducal de Osuna*. Madrid, 1869, n.º 254. El cuadro mide 1,64 por 3,00 metros.



DESCRIPCION DE LA BAIJA DE TODOS LOS SANTOS y ciudad de San Salvador en la costa del Brasil; en que se fortificaron los Olandeses: aora restaurada por don Fadrique de Toledo, Capitan General por el Rey y nuestro señor don Felipe III en veinte y nueve de Abril de mil y seiscientos y veinte y cinco.

A La ciudad de San Salvador.
B La Baia de Todo los Santos
C Fuerte de San Antonio.
D Fuerte de Tapaiqua.
E Santa Maria de Esperança.
F Fuerte de San Albaro.
G Fuerte de aguas dos meninos.
H Santa Maria de la Ayuda.
I Bexiaçõ centinela.
K Torre de Garcia Dauila.
L La costa de Atapoañ.

M Nauios de los Olandeses.
N Armada del Rey de España.
O Ermita de San Antonio.
P Santa Maria de Mirabella.
Q Fuerte de San Benito.
R Conuento de nuestra Señora del Carmen.
S Ermita de San Pedro.
T Fozo de agua que va a salir al fuerte de los menidos.
V Isla y casa de la melaza.

X Sitio donde los Vizcainos hazen el azeyte de Valenas.
Y Isla Taparique.
Z Entrada de la Baia, que tiene de ancho dos leguas y media.
1 Quartel de don Fadrique, que está en el Carmen.
2 Quartel del Marques de Cropani.
3 Quartel de don Iuan de Orellana, que está a las palmas.

C. R. R. *Cançãõ de R. Estiuar Rem.*

P. P. *Patri Patria.*

V. V. V. *Venir, Vidit, Vicit.*

L O Capitulado ha sido tan en favor de las armas de la Magestad, como en esto se verá, saliendo los Olandeses con tanta afrenta. Hallaronse mil y noventa y noventa y noventa soldados, que es voz, no tienen los Olandeses en los Estados tal gente; y la nuestra se maravilló de verla tal. Los van Jeras que se han ganado son diez y seis: sin el estandarte que tenían en la iglesia mayor. De mas de todas las vanderas de los navios, y estandarte de la Capitania. La artilleria que se ha halla lo en la ciudad parece son ciento y sesenta y nueve piezas, algunas de las muy buenas de bronce, tan gruesas como las nuestras; y otras de hierro. De todo ello tomara la Magestad particular relacion en acabando de ajustarla y alijar misuno de los navios, municiones, ballestamentos, y demas armas. Los muertos de nuestra parte sobre la plaza, han sido ciento y veinte y quatro, y los heridos ciento y quarenta y quatro. Los navios que se han tomado en el puerto, son veinte y seis. Faza de la artilleria que está en la ciudad, se han tomado otras cincuenta y seis piezas, que aun quedan en otros edificios. Los muertos son, don Pedro Ocaño, Maestre de Campo, el Capitan don Francisco Manuel del Habero de San Juan, el Capitan don Alonso de Gans, el Morgado de Odaeyre, don Fernando de Meneses del habico de Calaraz, Layulante Fregate, el Capitan don Diego de Santillana, el ingeniero mayor, Juan de Oquido, del habico de Mones, don Juan de Terriblanca Alferez, don Joseph Manrique, don Lucas de Figueroa, don Diego de Espinosa, Capitan de Infanteria. Los heridos, don Elvira Dalago, Capitan don Diego Ramirez, Capitan don Diego de Guzman, Capitan don Pedro Bizarrao, don Diego de Malica. Vintieron con el saño don Pedro de Torres y Toledo, y don Enrique Dalagos y Pimentel, Capitanes, y lobreros del General.

Vendese en la calle de Toledo, en casa de Alarde de Popma, en frente del edificio de la Compañia de Indias.



FIG. 1.—“Descripción de la Baia de Todos los Santos”. Grabado de Alarde de Popma (Biblioteca Nacional, Madrid)

cuadros que posee, en Sevilla, el Excmo. Señor don Antonio Almunia y de León, Marqués de Almunia (láms. 1-8).

“SITIO Y EMPRESA DE LA CIUDAD DE SALVADOR”

El hecho de armas que Lope llevó a los tablados de los corrales madrileños y la ciudad de Salvador, cuna del Brasil portugués, con su pintoresca topografía, encontraron un pintor que parece plasmar en el lienzo las pinceladas descriptivas del soldado cronista don Juan de Valencia y Guzmán.

La panorámica de la ciudad y la bahía parece haber sido tomada desde el admirable punto de vista que ofrecen las colinas de Brotas, más despejado aún en aquella época ya que entonces no existía el caserío que hoy cubre la línea de las lomas más bajas de Nazareth, Desterro y Palma. En la parte superior del cuadro, unos ángeles sostienen una cinta con la leyenda: “Sitio y empresa de la ciudad de Salvador en la Baya de Todos Santos por Don Fadrique de Toledo Osorio, Capitán general de la Armada Real y ejército del Mar Océano, y Reyno de Portugal. A XXX de Abril de 1625, reynando Don Phelippo, IIII”; y en el ángulo inferior izquierdo, dentro de una tarja de líneas barrocas, se encuentran la rosa de los vientos y las leyendas explicativas.³⁴

En primer término aparece un valle —que es el comprendido entre las colinas de Brotas (barrios de Matatú y Pitangueiras) y las del Desterro, Nazareth y Plama—, cuyo fondo corre un camino que coincide hoy, aproximadamente, con la antigua “Ladeira da Fonte Nova” o Rua Djalma Dutra. En segundo término, hacia el centro del lienzo, vemos el casco urbano con sus murallas y baluartes bordeados por las aguas del Dique. Algo menos de la mitad superior del cuadro, está ocupada por la bahía, donde se ve el extremo de la península de Itapagipe, y cerrando los últimos términos aparece la isla de Itaparica.

Como en otros grabados y dibujos referentes al mismo hecho histórico en el cuadro se representan simultáneamente diversos episodios de la “Jornada”.

La armada hispano-portuguesa acaba de entrar en el puerto. “Entró la armada dentro de la Bahía —escribe Valencia—³⁵ adornada de sus estandartes, flámulas y gallardetes, y la real y almiranta real y Capitana de Portugal con estandartes reales de damasco..., ocupando todo el distrito de la Bahía en forma de media luna, puestos en batalla, que fueron menester todos los navíos que venían en la armada para sitiarla por su

³⁴ Véase al final la transcripción de las mismas.

³⁵ Ob. cit., pág. 144.

anchura y grandeza de siete leguas". Unos bajeles acaban de echar sus anclas a la entrada de la barra, frente al fuerte de San Antonio; otros navegan todavía, a impulso de la brisa, más alejados de la ribera; y los que primero entraron en el puerto están dando fondo en la ensenada de Itapagipe. En una exacta y animada estampa marinera, sorprendemos a las tripulaciones en las faenas de la maniobra: los gavieros trepan por la jarcia o cabalgan sobre las vergas aferrando cuidadosamente las velas; otros descienden hacia la cubierta deslizándose por las escotas. Entretanto, los soldados de los tercios han ocupado sus puestos en pinazas y bateles, y mientras unos desembarcan en la playa de la Barra, al pie del fuerte de San Antonio ³⁶ o en la de "Agua de Meninos", ³⁷ otros bogan hacia tierra llevando en alto picas y alabardas. Fondeados frente a la "Ribeira das naus" con las proas hacia la bahía, se ven doce navíos holandeses de gran porte, tres de los cuales, escorados sobre la banda de estribor, han sufrido ya los certeros disparos de la artillería española (lám. 3).

En la mitad del cuadro contemplamos la ciudad y sus alrededores con los campamentos y los ejércitos que la tienen sitiada. Por el camino de "Vilha Velha" avanzan en formación los tercios hacia los acuartelamientos establecidos en el convento de San Benito y en sus inmediaciones. "Está este puesto de San Benito —escribe Valencia— en una eminencia a tiro de mosquete de la ciudad y a caballero della, cosa perniciosísima para el enemigo y ventajosa para nosotros". ³⁸ La posición fue ocupada por tres tercios al mando del Marqués de Coprani, maestro de campo general de las fuerzas de desembarco. En el cuadro aparecen con detalle los acuartelamientos: el de los soldados napolitanos del Marqués de Torrecuso (lám. 5, letra L); el del Tercio de españoles mandado por el maestro de Campo don Pedro Osorio (ibídem, letra M); y el amplio recinto del monasterio ocupado por soldados portugueses al mando de don Francisco de Almeida (ibídem, letra N). Alrededor de esa posición se ven las trincheras y las baterías (ibídem, núm. 6 y letra P) establecidas por los sitiadores para batir la Puerta de Santa Lucía (lámina 8, núm. 9) que era uno de los puntos vitales del recinto de la ciudad. ³⁹

En el flanco izquierdo, en un lugar que bien puede corresponder

36 "Este día por la tarde (Domingo de Resurrección, 30 de marzo) y lunes siguiente saltó toda la gente en tierra en la playa de San Antonio, una legua de la ciudad", escribe Valencia: ob. cit., pág. 145.

37 El enemigo había desamparado los tres fuertes de la Marina: el de Monte Serrate, en la punta de la península de Itapagipe (lám. 4); el de "Agua de Meninos" (ibídem) y el de San Antonio (lám. 2). Estos dos últimos defendían los desembarcaderos que daban acceso a otros tantos caminos que conducían a la ciudad.

38 Ob. cit., pág. 147.

39 Cuando disponía la construcción de una batería en el sector de San Benito, encontró la muerte el ingeniero mayor Juan de Oviedo (Valencia: ob. cit., pág. 154).

al que hoy ocupa el convento de Santa Teresa (lám. 2, V) se indican las baterías emplazadas para batir las naves del enemigo.⁴⁰

En las inmediaciones del convento benedictino, se ve el “Cuartel de yndios de la tierra” (lám. 5, X)⁴¹ y al borde del camino, frente a una ermita que podría ser la de San Pedro, al resguardo de unos cerros (ibídem, K), está otro campamento ocupado por una “compañía de gente de la tierra”.

En el lado opuesto, a la derecha del cuadro, sobre una eminencia “distante de la Plaza un tiro corto de mosquete” (lám. 7, +) aparece el convento del Carmen, donde se alojó y dispuso su puesto de mando don Fadrique de Toledo, y en sus inmediaciones los cuarteles de los tercios mandados por los maestros de Campo Don Juan de Orellana y Antonio Muñiz Barreto (ibídem, B y C).

“En el cuartel del Carmen —escribe Valencia— se hicieron muchas baterías, la primera de cinco piezas en el costado derecho en un través para echar a pique los navíos del enemigo (lám. 4, D) como se hizo admirablemente...”; “y por orden de su Excelencia se le abrió una delante del convento de el Carmen (ibídem, F) con que se le hizo grande estrago”. “Abriósele otra (ibídem, E) y... fuéronse sacando trincheras contra la ciudad, guarnecidas de mosquetería, de donde no se cesaba de día ni de noche de tirar sin dejar asomar un hombre a las murallas...⁴² Esas líneas de trincheras están también en el cuadro.

En los primeros términos del lienzo (lám. 7, H) aparece el cuartel de las Palmas, emplazado sobre la colina donde hoy se encuentran la iglesia y convento de ese nombre. “Pareciéndole... que el circuito de la ciudad era grande, y que al enemigo se ha de divertir por las más vías que pueda, ordenó su Excelencia al maestro de Campo Don Juan de Orellana se pusiese en medio de los dos cuarteles del Carmen y San Benito, en una eminencia y sitio llamado de las Palmas, donde se fortificó con ochocientos hombres más que se desembarcaron, abrió trincheras haciendo una batería de seis cañones (ibídem, I) todo dispuesto como su de mucha experiencia”.⁴³

Como es natural, el pintor no se olvidó de indicar en el cuadro los fuertes que defendían los accesos a la ciudad y al puerto y las obras defensivas que reforzaron o construyeron los holandeses. A la izquierda del cuadro (lám. 2) junto a la playa donde se efectúa el desembarco,

40 “Don Juan Fajardo puso enterradas en un través a la mar dos piezas gruesas con que tiró a su armada, y les echó a pique algunos navíos”. (Valencia: ob. cit., pág. 154).

41 El 17 de abril “llegaron de socorro en canoas el capitán Salvador Correa de Benavides, con duzientos indios flecheros, de el Rio Janero los quales quedaron en el cuartel de San Benito” (Valencia: ob. cit., pág. 155).

42 Valencia: ob. cit., pág. 154.

43 Valencia: ob. cit., pág. 155.

aparece el fuerte de San Antonio de la Barra, situado en la punta del Padrón, en la entrada de la bahía. Ignoro si, en la época de referencia, tenía esa forma de torre circular, al parecer con un puentecillo de acceso, con que lo representa el pintor, pero debo insistir en la exactitud de éste en otros detalles del cuadro.

En la ciudad baja, a lo largo de la playa, se indican las “estancias en que pusieron artillería” (lám. 8, 4) o sea los baluartes provisionales construídos por los holandeses para defender el fodeadero. Con todo detalle se representa el fuerte de Nuestra Señora del Pópulo, luego llamado de San Marcelo y también conocido por “Forte do Mar” (ibídem, 3) construído poco antes de la invasión holandesa⁴⁴ sobre un arrecife situado a poca distancia de la playa. Su planta dibuja un polígono de nueve lados, formado por un trapecio con un baluarte en el lado mayor que mira hacia el mar.⁴⁵ En la pintura se representa con detalle el puente de madera que le daba acceso.

A la derecha del cuadro (lám. 4, BB) en la playa donde desembarcan las tropas, vemos el “Castillo que dicen Agua de Meninos”, que era una de las “tres o cuatro fortalezas de piedra y cal” que mandó construir el gobernador don Francisco de Souza (1591-1598),⁴⁶ que también se llamó fuerte de Santiago o de San Alberto. El pintor —sobre cuya exactitud en los detalles hay que insistir— lo ha representado con un cuerpo central y dos torreones circulares con aspilleras o sea en forma muy semejante al “fortinho de Santo Alberto” cuya planta y alzado, tal como se encontraba a principios del siglo XIX (1802) dio a conocer Vilhena.⁴⁷

44 Ya en tiempos de Felipe II se había dispuesto la construcción del fuerte, según planos del ingeniero Leonardo Turriano aprobados por el ingeniero mayor de España Tiburcio Spanochi (Acioli-Amaral: ob. cit., I, pág. 432). En 1622, mandó el rey que se hiciese el fuerte de acuerdo con la relación y la traza presentadas por el ingeniero Francisco de Frías de Mezquita, (Fonseca Luiza da: *Subsidios para la Historia da Bahia*, en *Anais do primeiro Congresso de Historia da Bahia*, II, Bahía 1950, pág. 415). Frías de Mezquita, “arquitecto mayor de S. M. en estas partes del Brasil”, inició las obras (1623) durante el gobierno de Don Diego de Mendoça Fortado (Campos, J. da Silva: *Fortificações da Baía*, Rio de Janeiro, Publicações do SPHAN, 1940; pág. 55 y sigs. y Silva Nigra, Dom Clemente M de: *Francisco Frías de Mezquita, engenheiro-mor do Brasil*, en “Revista do Serviço do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional” n.º 9, (1940), págs. 12-13). Valencia Guzmán (ob. cit., pág. 65) nos dice que cuando el citado gobernador recibió aviso de que se preparaba una expedición en Holanda, empezó a hacer un fuerte sobre unas peñas en la marina, donde puso diez piezas de artillería”. Añade más adelante (pág. 74) que los holandeses después de ocupar la ciudad “acabaron el fuerte nuevo”.

La leyenda del cuadro dice: “Fuerte empesado por el Gobernador Diego de Mendoça Urtado de que estava una parte fuera del agua a que los enemigos levantaron parapeto”.

El fuerte de San Marcelo, de planta circular tal como está hoy, es obra posterior, terminada en 1728 (Campos: ob. cit., pág. 62).

45 Así figura también en la planta de la ciudad incluida en la obra de Barlaei, Gasparis: *Rerum per octennium in Brasilia*; Amsterdam, 1647. Asimismo en la *Planta da restituição da Bahia*, incluida en el *Atlas de João Texeira Albernaz* (1631), conservado en la Mapoteca de Itamarati, en Río de Janeiro.

46 Campos: ob. cit., pág. 12.

47 Vilhena, Luis do Santos: *Noticias soteropolitanas e brasilicas* publicadas por Braz de Amaral: vol I, (Bahía, 1922), pág. 226.

La coincidencia citada y la exactitud que informa al pintor en la representación de múltiples detalles del cuadro, nos permiten conocer así el aspecto exterior del fuerte de Agua de Meninos, que defendía el acceso a la ciudad por la parte del norte.

En ese lado del ángulo superior derecho del cuadro, con menos detalles por hallarse en segundo término, se ve la punta de la península de Itapagipe y el fuerte de Montserrat (lám. 4), que era entonces una fortaleza pequeña y de poca defensa.⁴⁸

La vista panorámica de la ciudad (lám. 8) nos ofrece una preciosa estampa del casco de intramuros, que permite no sólo identificar calles y plazas sino también conocer la fisonomía de algunos edificios.

La ciudad aparece cercada por la parte de tierra con cortinas y baluartes, desde la puerta de Santa Lucía (núm. 9) hasta hasta la de Monte Calvario (núm. 13) o del Carmen, sirviendo de defensa a la muralla el riachuelo que los holandeses represaron (núms. 13, 27) formando el foso de agua que se llamó "el Dique". Con el tiempo se fue desecando y en 1685, según un informe del ingeniero João Goutinho, estaba "todo desalagado e a mayor parte delle povoado de hortas".⁴⁹ Cuando la ciudad desbordó el primitivo recinto extendiéndose a las colinas del otro lado de la quebrada, adquirió ésta el expresivo toponímico de "Rua da Vala", y en el pasado siglo, fue canalizado y cubierto lo que restaba del antiguo curso de agua, abriéndose la calle que hoy lleva el nombre del Doctor José Joaquín Seabra, bajo cuya administración se hizo la obra. Surgió así la pintoresca vía comercial que, siguiendo la quebrada, ciñe el primitivo núcleo urbano de la ciudad alta y se prolonga hacia el norte hasta enlazar con la antigua "Fonte Nova" — hoy Djalma Dutra — abriendo así acceso a populosos barrios.

Los holandeses mejoraron las defensas de la ciudad, dejándolas tal como aparecen en el cuadro. "Lo primero que hicieron fue una estacada y el foso, con sus diques y cortaduras que cogía desde casi la puerta del Carmen hasta toda la parte que tiene la ciudad por la tierra firme; luego hicieron de tierra y fagina una muralla terraplenada con sus diez caballeros y terraplenes con sus traveses y casamatas, todo lo cual guardaron con mucha y buena artillería de fierro colado y bronce, y por la parte y vertiente que tiene la ciudad a la marina dos estacadas que no se podían romper menos que con artillería".⁵⁰

Todas las casas tenían sus "quintales" o jardines interiores, tal

48 Tamayo de Vargas: ob. cit., pág. 102.

49 Fonseca: ob. cit., pág. 427.

50 Valencia: ob. cit., págs. 73-74.

como se ve en el cuadro. Ya en la séptima década del siglo XVI, nos dice Gabriel Soares que “la vista de esta ciudad es muy apacible a lo largo por tener las casas sus quintales llenos de árboles y palmeras que sobresalen a los techos o cercas, y de narangeras que todo el año están llenas de naranjas, que miradas del mar especialmente, hacen armoniosa y apacible vista, por extender mucho la ciudad a lo largo de él”.⁵¹

En la plaza principal —hoy Plaza de Thomé de Souza— el pintor ha indicado las “Casas del Rey (lám. 8, 21), antigua residencia de los gobernadores y la “Cárcel Real” (ibídem, CC) o sea la Casa de Cámara. La fachada de este edificio está sesgada dando así una forma irregular a la plaza. Siguiendo hacia el norte se indica la “Yglesia y Casa de la Misericordia” (ibídem, 20), cuyo cuerpo central terminado en un piñón debe corresponder a la capilla. Calle adelante se encuentra la antigua catedral, “situada con el rostro a la mar de la Bahía, frente del ancladero de los navíos, con un tablero delante de la puerta principal a pique sobre el desembarcadero donde tiene grande vista”.⁵² Tiene una torre rematada por agudo chapitel en el lado del Evangelio (ibídem, 19).

En el extremo norte de la ciudad dando las espaldas al mar, ocupaba entonces una amplia extensión de terreno el Colegio de la Compañía de Jesús, con el claustro del dormitorio (ibídem, 16) y otras edificaciones y dependencias.⁵³ A continuación hasta casi alcanzar las Puertas del Carmen, se extendía la huerta y la “Ollería de los dichos Padres” (ibídem, 17). Delante del Colegio se ve una plaza amplia, el actual Terreiro de Jesús “donde se representan las fiestas de a cavallo..., el qual está cercado en quadro de nobles casas”.⁵⁴ También se indican dentro del casco de intramuros el convento de San Francisco (ibídem, 18) y la antigua iglesia de Nuestra Señora “da Ajuda” (ibídem, 22), donde años después (1640) pronunciaría el jesuita P. Vieira su famoso sermón con motivo de la victoria sobre los holandeses en su frustrado intento de apoderarse otra vez de la ciudad.

La ciudad carecía de murallas por el lado del mar, ya que eran innecesarias desde el punto de vista defensivo a causa del brusco desnivel, que en el cuadro aparece cubierto de espesa arboleda. Con la

51 Soares de Souza: ob. cit., pág. 113.

52 Soares: ob. cit., pág. 110.

53 El P. Cardim describía así el Colegio de la Compañía en 1588: “Os padres têm aqui collegio novo quasi acavado; é una quadra formosa con boa capella, livraria, e algumas trinta cubiculos, os mais delles tem as janellas para o mar. O edificio e todo de pedra e cal de ostra, que e tão boa como a pedra de Portugal. Os cubiculos são grandes, os portaes de pedra, de portas d'angelim forradas de cedro; das janellas descobrimos grandes parte de bahia e vemos os cardumes de peixe e balêas andar saltando n'agua, os navios estarem tão perto que quasi ficam a falla. A igreja e capuz, ben cheia de ricos ornamentos...” F. Cardim: *Tratados da Terra e Gente do Brasil*, Coleção Brasileira, serie 5.ª, vol. 162, 2.ª edición; Río de Janeiro, 1939; pág. 255.

54 Ibídem, pág. 109.

exactitud que le caracteriza, el pintor indicó los caminos que comunicaban la ciudad alta y la ciudad baja. A la izquierda, fuera de las murallas, se ve el camino que descendía a la “Ribeira dos Pescadores” —la actual “Preguiça”— tal vez el mismo por donde, según Gabriel Soares⁵⁵ circulaban carros. De las espaldas de las “Casas del Rey” (lám. 8, núm. 21) parte otro camino que corresponde al llamado “Ladeira do Pau da Bandeira”; y por detrás de la Casa de Misericórdia (ibídem, 20) se ve la actual “Ladeira” de ese nombre. Al otro lado de la ciudad, fuera de la puerta del Carmen o de Monte Calvario, podemos ver otro camino que va a terminar cerca de una de las fuentes (ibídem, 5) donde se aprovisionaban los navíos. Es la actual “Ladeira de Taboão”.

No podían faltar en el cuadro los “guidastes” (ibídem, DD, DD, DD), especie de rudimentarios funiculares que se utilizaban para subir mercancías desde la ciudad baja a la alta. Los de la izquierda son los “Guindastes da Praça”, que se citan en documentos de 1630;⁵⁶ más a la derecha vemos otro, a espaldas de las primeras casas de la “Rua da Misericórdia”; y detrás del Colegio de la Compañía se encuentra el “Guindaste dos Padres”, cuyo expresivo nombre se conserva en una calle de la ciudad baja, a pesar de los múltiples cambios experimentados en la toponimia callejera al correr de los siglos. El pintor, siempre minucioso, no dejó de representar las grandes ruedas que movían los referidos ingenios.

Veamos, para terminar, otros lugares indicados en el lienzo. Las “Casas de Campo Obispaes” tienen el aspecto de un palacio de tres plantas con techo a dos vertientes (lám. 2, EE). Aldenburgk cita la casa de recreo de los prelados de Bahía, que estaba situada en lo alto de un morro donde hoy se encuentra la iglesia de San Antonio de la Barra.⁵⁷ La “fuente llamada del fidalgo” (ibídem, 8) no sé si podrá identificarse con la que hoy conserva el nombre de Gabriel Soares.

Si el artista llevó al lienzo con tanta exactitud el escenario del cerco de Bahía, no menor fue su minuciosidad en una serie de detalles, tan concordantes con las relaciones contemporáneas que hacen del cuadro una verdadera crónica gráfica del hecho de armas y de la vida de la ciudad en los momentos azarosos de la lucha por su reconquista. Innumerables figuras animan la escena. En la ciudad, los defensores disparan desde las murallas. Pelotones de soldados parecen dirigirse a relevar la

55 Soares: ob. cit., pág. 111.

56 *Livro velho do Tombo... de São Bento*, pág. 180.

57 *Silva Nigra: A invasão holandesa...*

guarnición de algún baluarte; una compañía está formada en el Terreiro de Jesús; en la Plaza, delante de las Casas Reales, están ajusticiando a un hombre. Ajenas al fragor de la contienda, unas negras —tocadas con el típico “torso”, especie de turbante que todavía usan las bahianas del pueblo— lavan ropa a orillas del Dique (lám. 8); algunas prendas se secan al sol en la ribera, mientras unos esclavos que llegan con canastas a la cabeza, nos dicen que aún durará el trabajo de las lavanderas.

Desde la playa de “Agua de Meninos” avanzan en correcta formación unos tercios. Por un camino lateral (lám. 7) desembocan unos peones, cargados con gruesos haces, que van camino del cuartel del Carmen.⁵⁸ Los pelotones de infantes avanzan precedidos por el tambor y el alférez que lleva la bandera. Más adelante, unos arcabuceros están cruzando un puente de madera que salva el hondo cauce del Río de las Tripas, mientras el grupo de oficiales a caballo que encabeza la formación, va subiendo la ladera para alcanzar el cuartel de Palmas, donde los reciben a tambor batiente.

En los cuarteles se ven tiendas de campaña y barracas de madera formando calles tiradas a cordel. Por la ladera de la “Fonte das Pedras”, camino de los campamentos de San Benito (lám. 6) suben dos negros llevando un tonel colgado de una pértiga; otros dos, con cántaros en la cabeza, parecen llevar agua a los soldados de la compañía de “gente de la tierra” acantonada más arriba. Tres carros de bueyes siguen el mismo camino y un carretero —con la aguijada en la mano izquierda— parece animar a los animales en el esfuerzo para emprender la subida de la empinada ladera.⁵⁹ Camino adelante vemos soldados con las picas al hombro, parejas de esclavos llevando barriles y otros que parecen conducir a un herido en una hamaca (lám. 5). El conjunto de figuras que pueblan la campiña y los campamentos no puede ser más abigarrado; arcabuceros con el mosquete en posición de disparar, apoyado en la horquilla; artilleros disparando las piezas; indios con el arco y las flechas...

Entre los árboles destacan las bananeras, algunas con gruesos racimos de frutos dorados cuyas anchas hojas parece que reciben la fresca caricia de un “ventecijo suave —la virazón, se le llama en Bahía— que sopla desde el mediodía hasta la mitad de la noche”, de que nos habla el salmantino Valencia y Guzmán⁶⁰ cuando se recrea describiendo “la tierra feraz y de hermosas vistas, causadas de la amenidad y verdura de los campos llenos de árboles que en todo el año no se ven desnudos de sus hojas”.

58 “En el Carmen... empezó la infantería a hacer fagina”... Valencia: ob. cit., pág. 152.

59 Desembarcados los bastimentos, artillería, etc., “se metió en almacenes de tablas que para ello se hicieron, de donde en carros de bueyes se subía con comodidad a los cuarteles lo necesario...” Valencia: ob. cit., pág. 148.

60 Ob. cit., pág. 50.

En la parte baja del lienzo, el pintor ha animado el primer término con escenas de paz y de piedad, sorprendidas en lugares alejados del escenario de la contienda. Así, en el lado izquierdo (lám. 5) vemos un arriero con la caballería cargada con serones llenos de frutas y dos clérigos, uno de los cuales lleva un crucifijo en la mano. Dos cerdos devoran los gruesos frutos que han caído de un frondoso árbol y un indio flechero parece apuntar con su arco a una pacífica oveja. Ante la puerta de una ermita —tal vez la de San Pedro— un soldado, rodilla en tierra, eleva una plegaria. El artista no deja de consignar con su preocupación por la exactitud, el detalle topográfico: la “fuente que llaman de Villa Vieja de que beue la ciudad”⁶¹ (lám. 5, Y). En el otro lado del cuadro (lám. 7) contemplamos dos escenas piadosas: un religioso franciscano, con los brazos abiertos en cruz, dirige la palabra a un grupo de hombres arrodillados, en tanto que otro fraile parece escuchar la confesión de un penitente; y en el ángulo inferior derecho, a la sombra de un árbol que deja en penumbra la escena, sorprendemos a un grupo dedicado a la triste tarea de dar sepultura a los muertos. Unos soldados se disponen a depositar un cadáver en la fosa, mientras un franciscano lee el oficio de difuntos; otro soldado le quita las botas al compañero de armas que ha caído en la lucha; y otros llegan al improvisado cementerio conduciendo en unas angarillas la última baja causada por las balas enemigas. Como el pintor es tan exacto en todos los detalles cabe preguntarse si, efectivamente, en ese lugar que parece corresponder a la vertiente occidental de las colinas de Brotas, recibirían sepultura algunos de los muertos en las trincheras de Palmas y del Carmen.

Es posible que el cuadro fuese pintado por encargo del propio don Fadrique de Toledo, o por algún otro de los altos jefes militares deseoso de guardar así un recuerdo de la gloriosa “Jornada del Brasil”. Si el autor no estuvo en Bahía tomando parte en ella, debió disponer —además de la documentación literaria— de buenos croquis o bocetos tomados directamente del natural por algún expedicionario.⁶² No se puede explicar de otra manera la minuciosa exactitud que se observa en tantos detalles, la fluidez narrativa que parece trascender la emoción de escenas vividas. Nada tendría de extraño que en la expedición figurase algún artista capaz de haber pintado del natural los bocetos que luego le

61 Es la antigua “fuente del Camino Viejo de la Villa Vieja” o “fuente de la Villa Vieja”, llamada hoy “Fonte dos Coqueiros da Piedade”.

62 No cabe pensar en el ingeniero mayor Juan de Oviedo —arquitecto y escultor famoso por sus obras en Sevilla— ya que murió a los pocos días de iniciado el sitio. En la nómina de jefes y oficiales figura otro ingeniero (Valencia: ob. cit., pág.105), cuyo nombre no se cita.

servieran para elaborar el cuadro, pues ya hemos visto que el mejor cronista de los hechos tomó parte en ellos como simple soldado.⁶³

El cuadro parece haber sido pintado en fecha inmediatamente posterior al hecho de armas. Su atribución a alguno de los pintores de la época resulta difícil, ya que carece de figuras de gran tamaño y de otros elementos que permitan formar idea del estilo del artista. En realidad el problema del autor es secundario. Sea quien fuere, el cuadro tiene importancia por sí, como excelente y exacta crónica gráfica de uno de los hechos de armas del reinado de Felipe IV. Y además, constituye la vista panorámica más importante —por su exactitud, por su entidad y por su valor artístico— que hasta ahora se conoce, de una ciudad americana en un momento trascendental de su historia y de su vida urbana. La ciudad de Bahía, capital del Brasil portugués, cuya historia escribieron tantos cronistas y cuyas bellezas cantaron tantos poetas, tuvo también un pintor: el anónimo autor del cuadro propiedad del marqués de Almunia.

LEYENDAS EXPLICATIVAS DEL CUADRO

- 1 Castillo de S. Antonio y Primer Puerto.
- 2 Puerto donde los enemigos tenían sus naues trauchadas unas de otras.
- 3 Fuerte empesado por el Gobernador Diego de Mendonça Urtado de que estaua una parte fuera del agua a que los enemigos leuantaron parapeto.
- 4 estancias en que pusieron artillería.
- 5 fuentes de que se hace aguada para las naus.
- 6 trincheras que hicieron de nueuo.
- 7 trinchera y estacada que tiraron de arriba abajo.
- 8 fuente llamada del fidalgo.
- 9 Puerta de la Ciudad dicha de Santa Lucía en que de más de la fortificación vieja que ellos adereçaron hicieron por de fuera dos baluartes más baxos que guarneceran con artillería.
- 10 baluarte de que tiraron una trinchera y estacada hasta cercar con el agua y por la parte de dentro las trincheras y cortaduras como se ve en el deceño.
- 11 Plaça baxa en que tenían tres piezas pequeñas para defensa del dique.

63 Ignoro con qué base afirma Núñez Arca (*Os tres Felipes da Espanha que foram reis do Brasil*; São Paulo, 1957, pág. 125) que el pintor madrileño Félix Castelo formó parte de la expedición a Bahía.

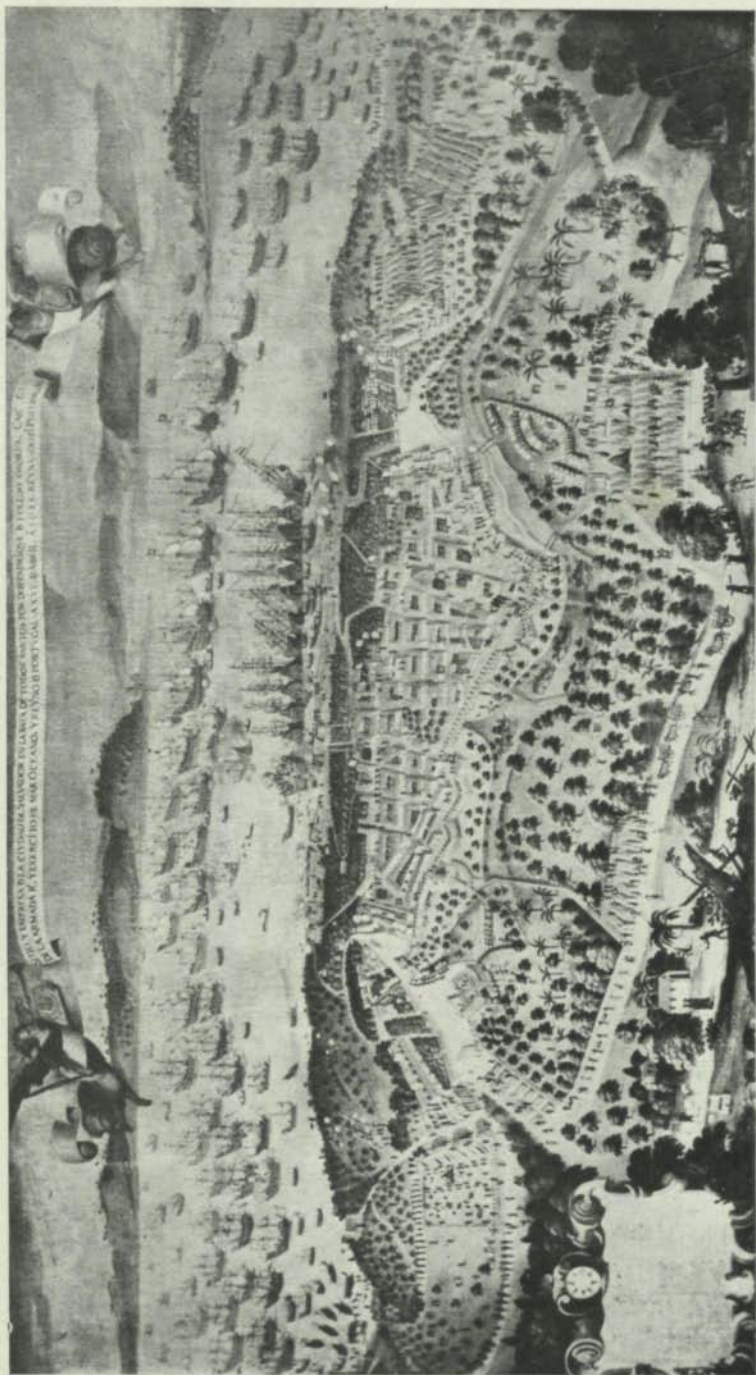
- 12 Dique con que represaron el agua con su revés...i de estacada.
- 13 Puerta de la ciudad llamada de Monte Caluario en que hicieron por de fuera los dos baluartes.
- 14 Trincheras que hicieron para defender la estacada.
- 15 Fortificación hecha por los enemigos.
- 16 Colexio de la Compañía de Jesús en que en el dormitorio notado con número 16 pusieron dos piezas de artillería.
- 17 Ollería de los dichos Padres en que tenían tres Piesas.
- 18 monesterio de S. francisco capuchos.
- 19 yglesia mayor catredal.
- 20 yglesia y casas de la misericordia.
- 21 Casas del Rey .
- 22 yglesia de Nuestra Señora de ayes cas (*sic*).
- 23 Casas arruinadas y algunas del todo arasadas por los enemigos.
- 24 Fuente nueva de que bebía la ciudad cubierta con el lago.
- 25 Fuente de S. francisco también cubierta.
- 26 Camino para la marina de solamente se seruían teniendo los otros cerados.
- 27 Diques con que Represaron el agua que estaua en mucha altura.
- + Conuento de N. S. del Carmen muy denificado por los enemigos.
- A Alojamiento del Sr. Don fredrique de Toledo osorio en la man-guardia y frente del quartel distante de la Plaza a tiro corto de mosquete.
- B Quartel del mastro de campo Antonio muñiz bareto y su tercio.
- C Quartel de parte del tercio del maestro de campo don ju[an] de orellano.
- D batería para las naus del enemigo.
- E batería para la ciudad con que se le hizo gran daño.
- F batería que se hizo para por lado descubrir la fuerteficación de la ciudad.
- G Casas terraplenadas para hazer espalda a nuestra ynfantería de los golpes de artillería del enemigo y todas las arruinadas del.
- H Quartel de las Palmas en que estuuo el maestro de c[ampo] d. ju[an] de orellano con su tercio de gente portuguesa.
- I batería para la ciudad.
- K Quartel en que estaua una compañía de gente de la tierra.
- L Quartel del maestro de campo marqués de torrecuso con su tercio de italianos.
- M Quartel del maestro de campo d. Pedro Osorio y su tercio.
- N Conuento de S. benito muy dañificado por los enemigos alojamiento del maestro de campo d. francisco de almeйда y su tercio de portugueses.

- O batería de los y ytallanos que fuei de mucha efeto.
- P batería con que se hiço mucho daño al enemigo.
- Q Trincheras tiradas por los ytallanos para llegar a la ciudad.
- R trincheras tiradas por los portugueses y castellanos para el mismo efeto.
- S trinchera hecha al principio para cubrir la gente.
- T trinchera hecha al principio.
- V baterías a las naus del enemigo.
- X Quartel de yndios de la tierra.
- Y fuente que llaman de villa viexa de que beue la ciudad.
- Z naus enemigas que muy maltratadas de nuestra artillería las más dellas se echaron a fondo.
- AA Collados que están a la redonda de la ciudad siéndole padrastrós y de la misma altura que el alto della.
- BB Castillo que dicen agua de meninos y segundo puerto que tomaron los nuestros.
- CC Cárcel Real.
- DD grúas que siruen de subir las mercaderías del puerto a la ciudad.
- EE Casas de Campo obispales.

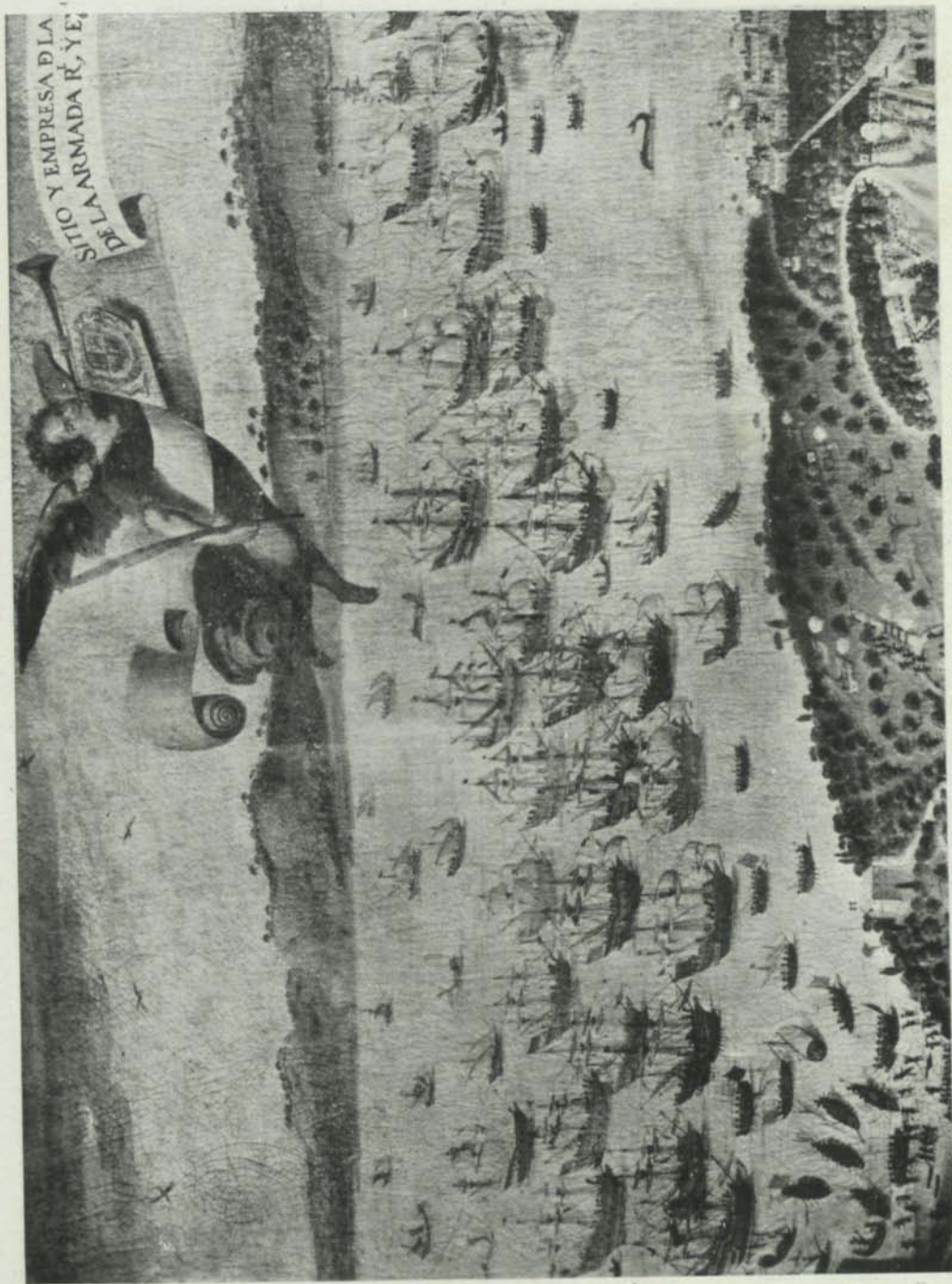
O...
P...
Q...
R...
S...
T...
U...
V...
W...
X...
Y...
Z...
AA...
BB...
CC...
DD...
EE...
FF...
GG...
HH...
II...
JJ...
KK...
LL...
MM...
NN...
OO...
PP...
QQ...
RR...
SS...
TT...
UU...
VV...
WW...
XX...
YY...
ZZ...

LAMINAS

LAMINAS

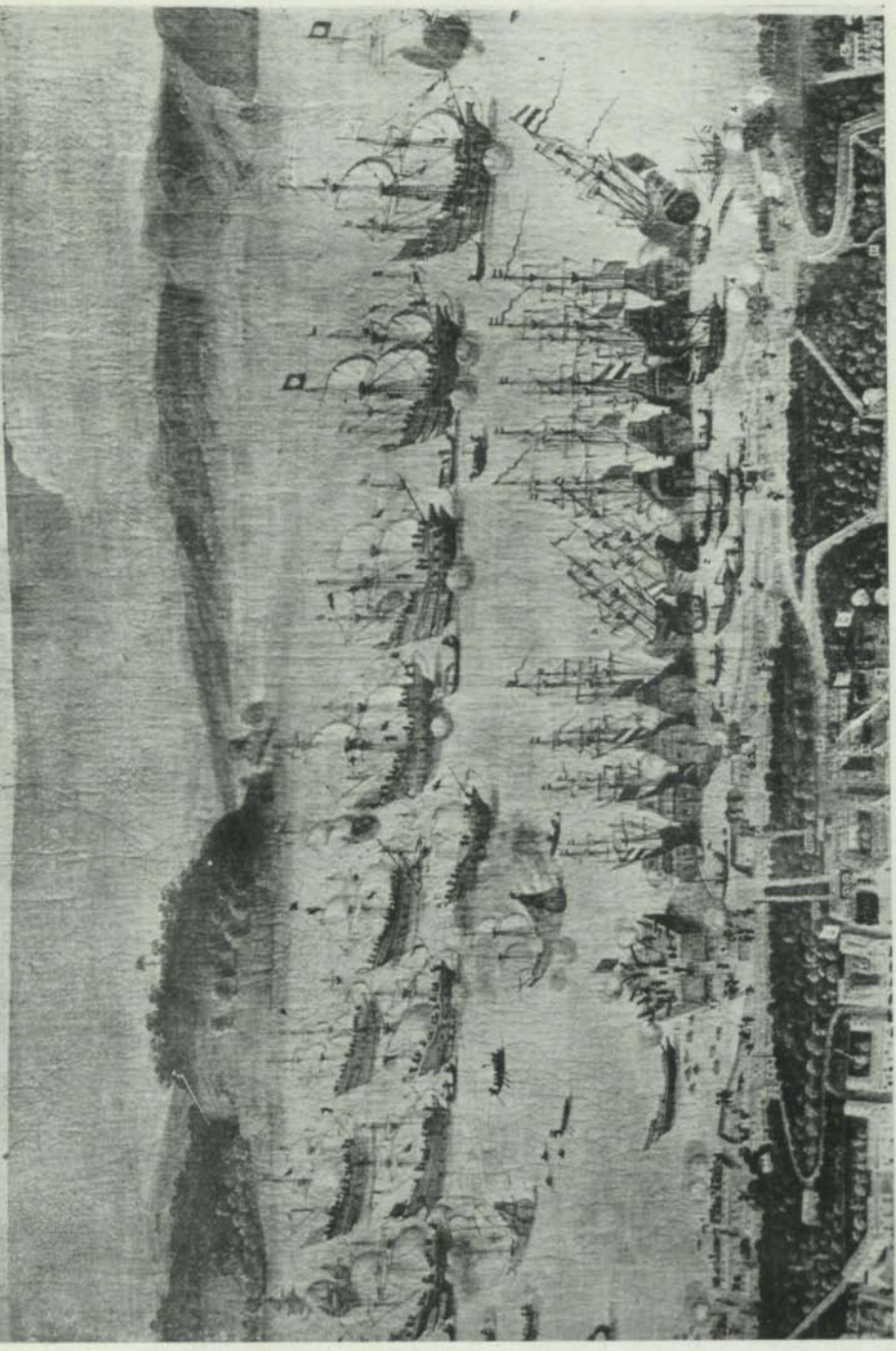


LAMINA 1.—"Sitio y empresa de la Ciudad de Salvador en la Baya de Todos Santos por Don Fadrique de Toledo Osorio...". Cuadro propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Almunia, Sevilla. Pormenores del mismo en las láminas siguientes

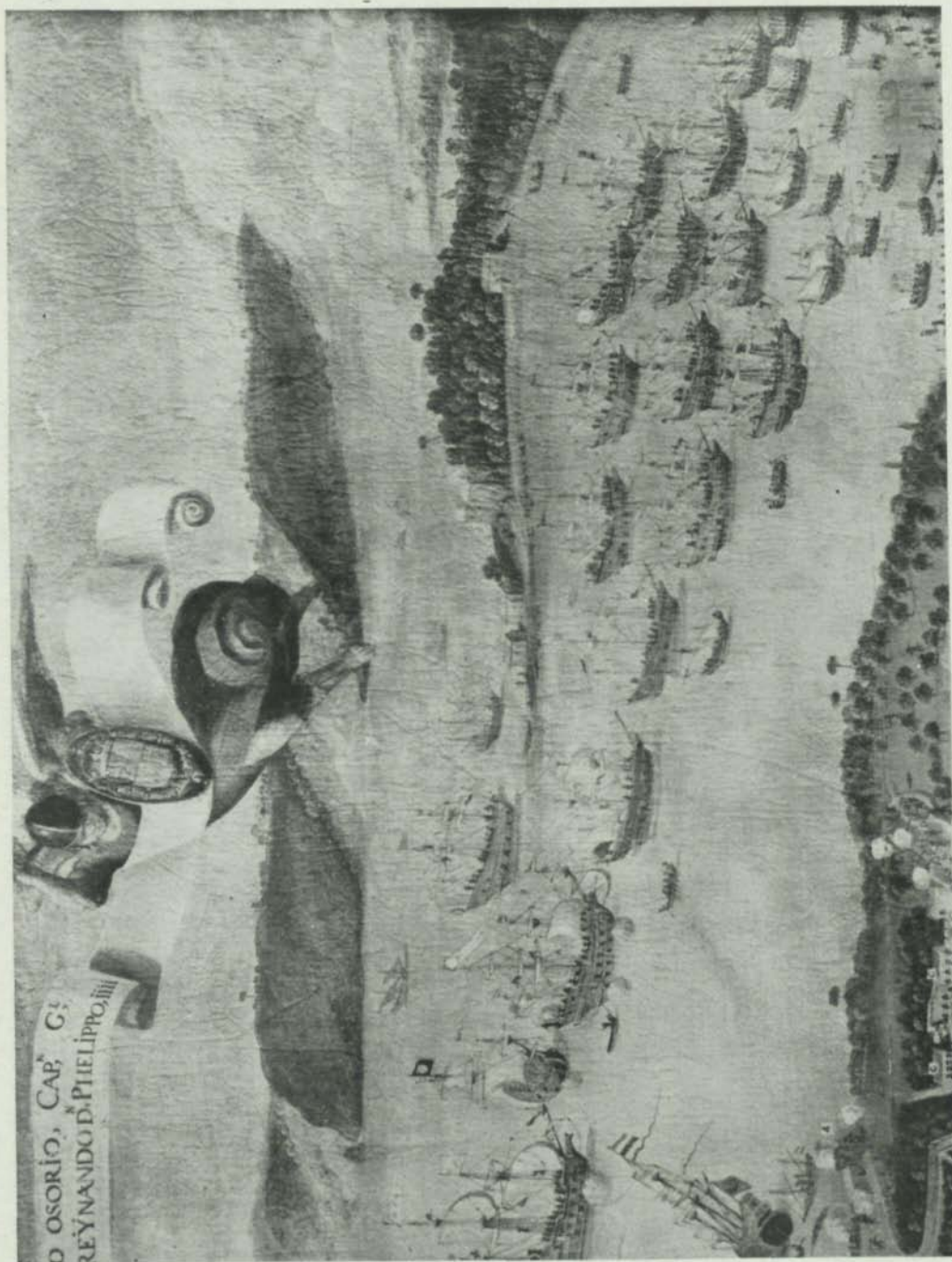


LAMINA 2.—Desembarco de las fuerzas en la playa de la Barra

RESA D LA CIUDAD DL SALVADOR EN LABAYA DE TODOS SANTOS POR DON FADRIQUE D TOLEDO OSORIO, CAP,
ADA R, Y EXERCITO DL MAR OCEANO, Y REYNO D PORTVGAL A XX X, D ABRIL, A 1 0 2 5, REYNANDO D. PHE

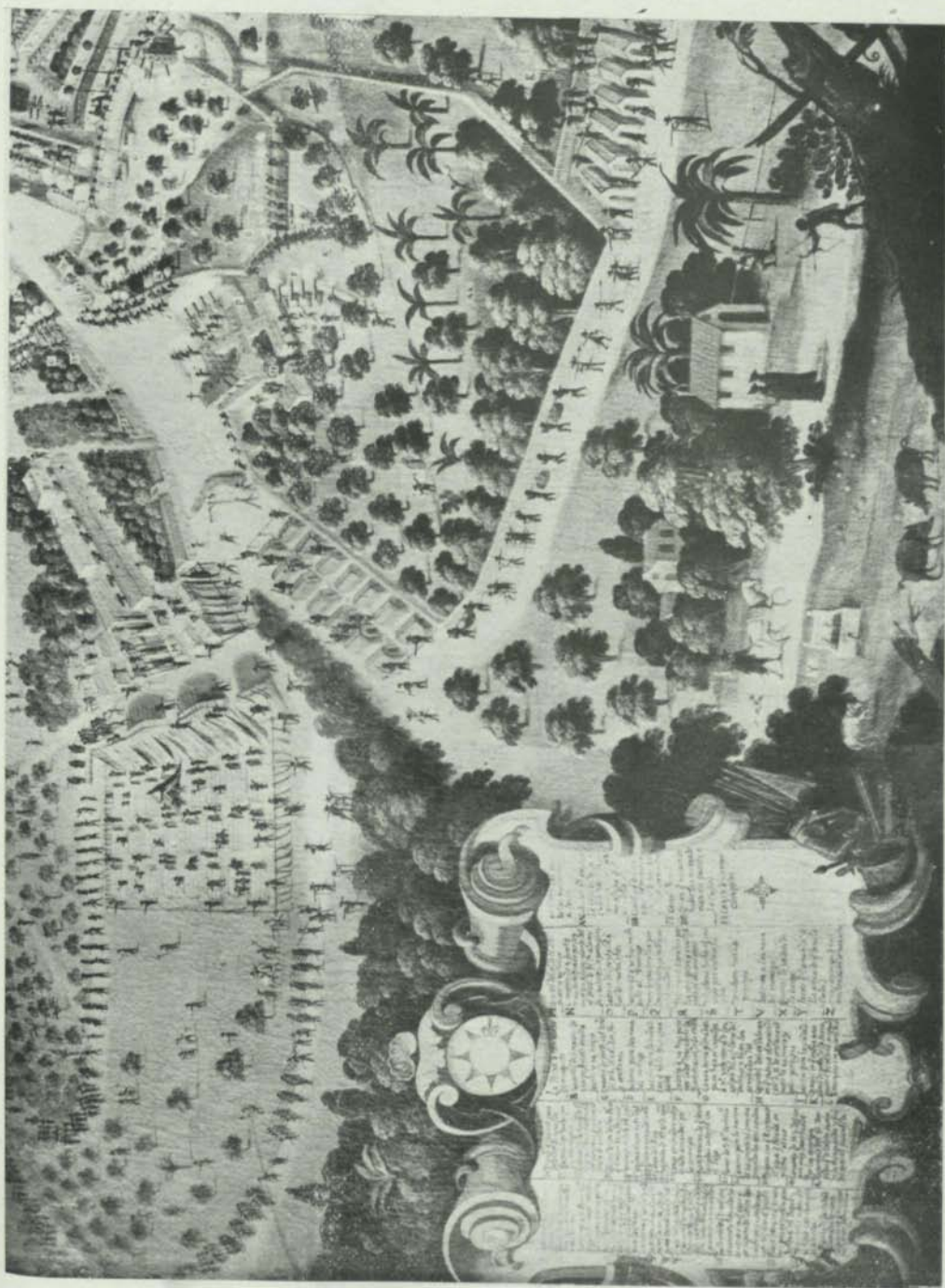


LAMINA 3.—La armada española y los buques holandeses

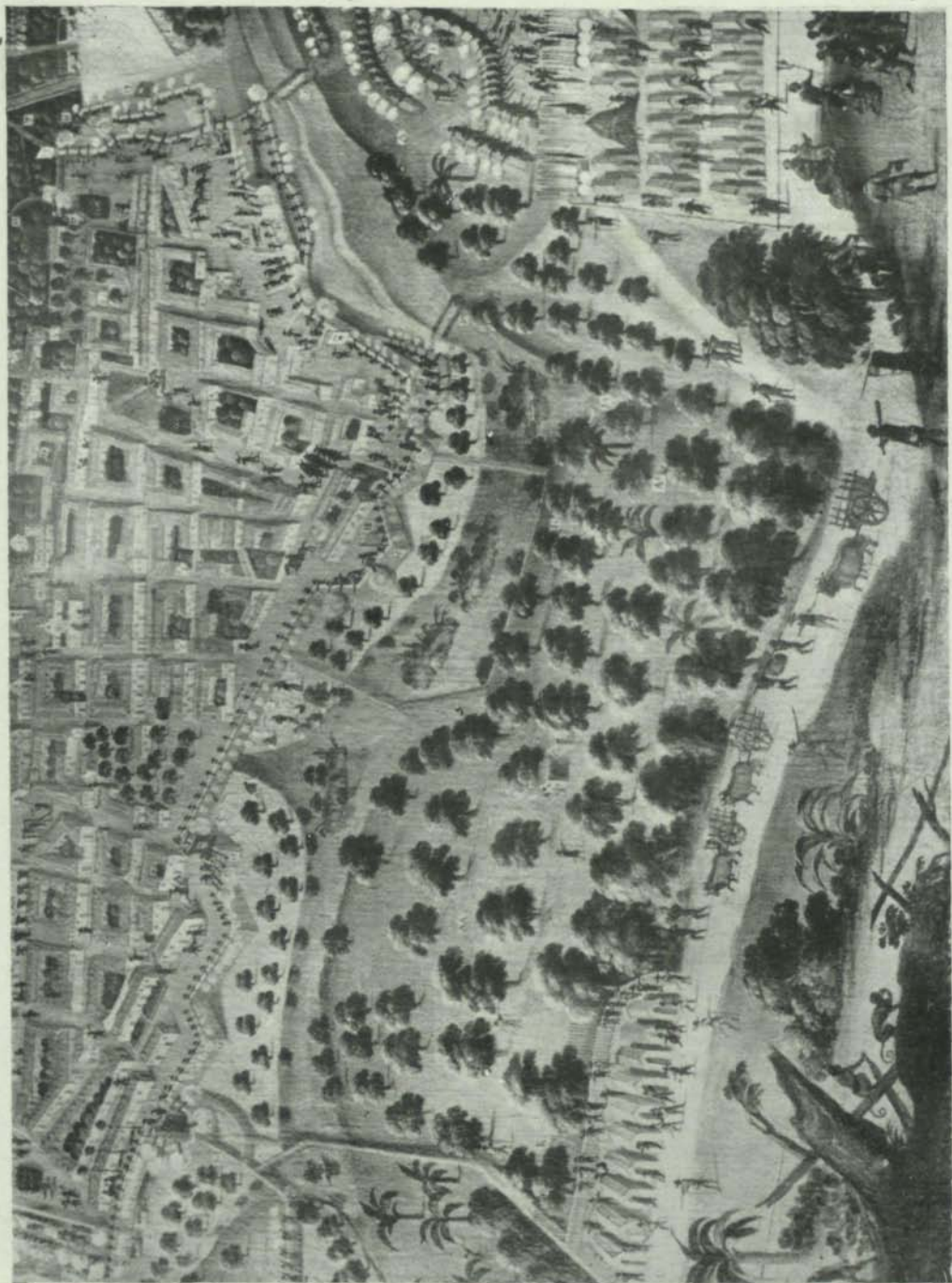


O OSORIO, CAB, G;
REYNANDO D. PHELIPPO, III

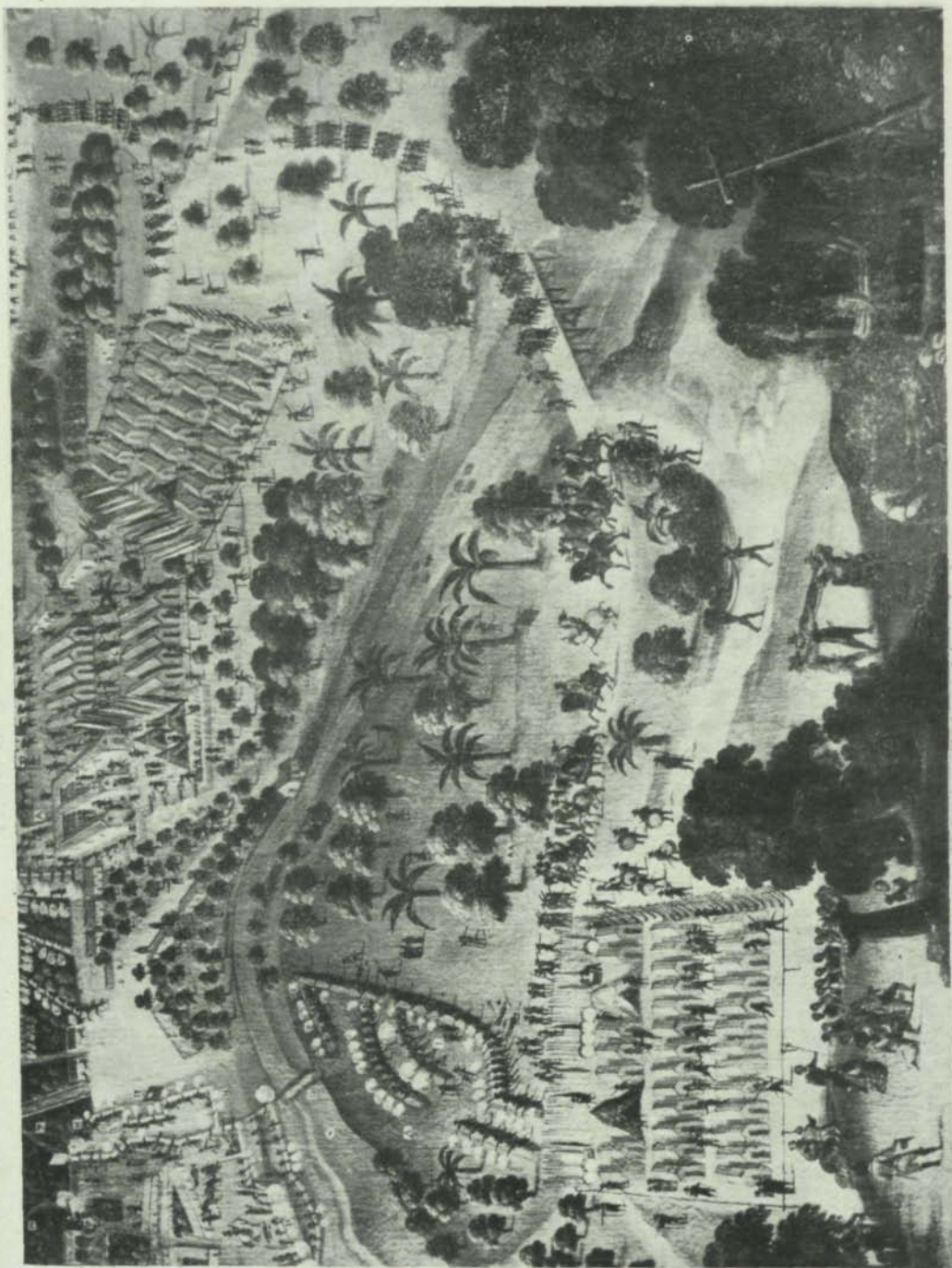
LAMINA 4.—Navios españoles en la ensenada de Itapagipe



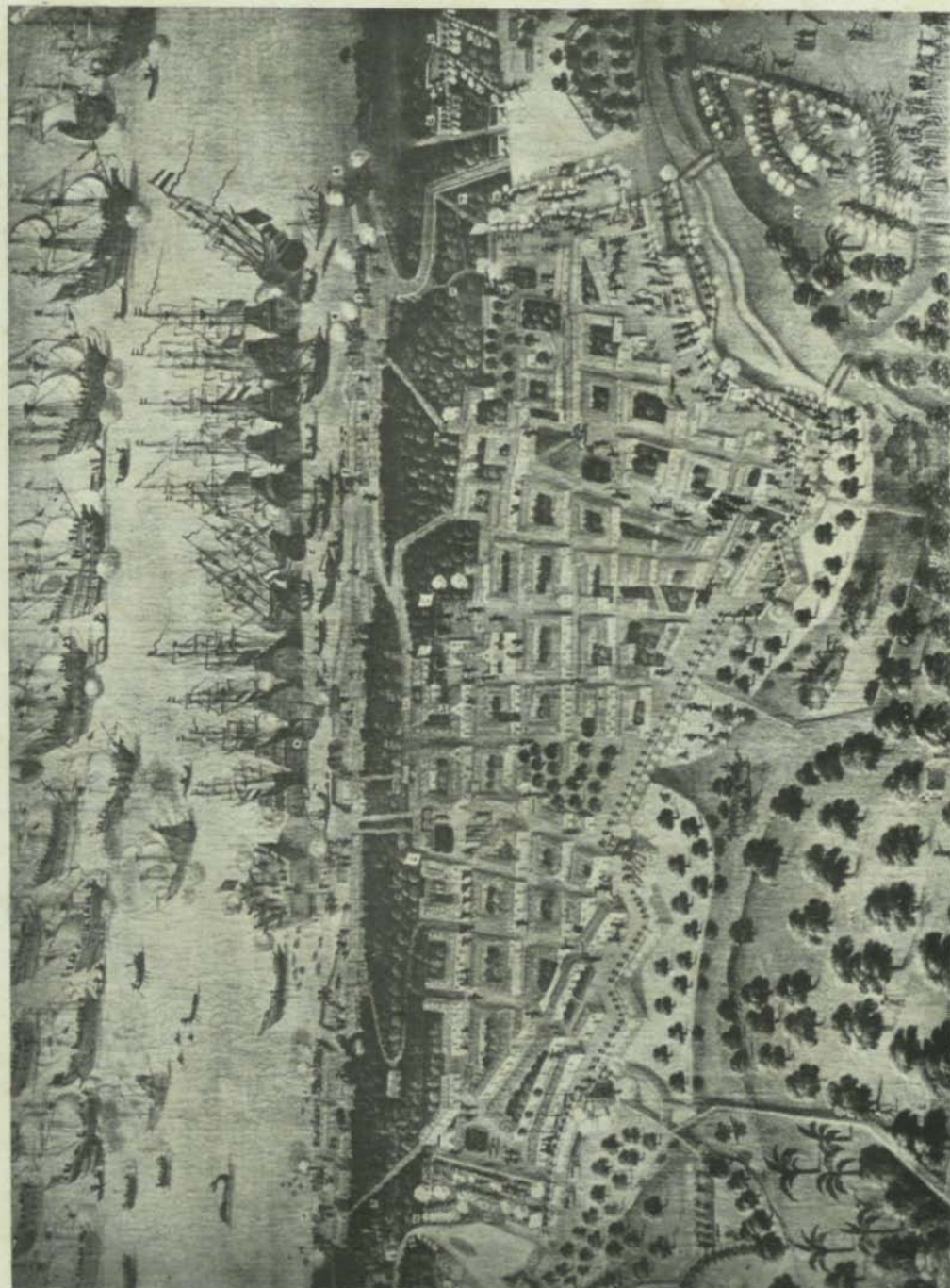
LAMINA 5.—El monasterio de San Benito y sus alrededores



LAMINA 6.— Vista parcial del recinto amurallado y sus alrededores



LAMINA 7.-Campamentos del Carmen y de Palmas



LAMINA 8.—Recinto de la ciudad y puerto